

¿POR QUÉ CAMBIARON LA MISA? HACIA LA RELIGIÓN ÚNICA

Por MAURO CIOTOLA

(Del Vol. XIII, N_ 5, 1991, pp. 43-48)

EL CULTO PROTESTANTE COMO SIMPLE CONMEMORACIÓN

Los herejes del siglo XVI negaron que la misa fuera el sacrificio de Jesucristo en el Calvario místicamente pero hecho presente realmente sobre el altar y, después de descartar el santo sacrificio de la misa, inventaron nuevos ritos que encarnaron todas sus herejías con especial énfasis en "la justificación por la fe sólo." Con el tiempo aquella "fe" llegó a ser el mero convencimiento de una persona de que Cristo había muerto para expiar sus pecados, y su acogida de Cristo como su Salvador.

Para cambiar la fe de la gente, una de las primeras cosas que tenían que hacer era cambiar el lenguaje del culto. Lutero reconoció esta necesidad rapidísimamente y se dio cuenta de que aunque la gente pudiera ver que se habían hecho cambios, no pudieran percibir que la idea de sacrificio había desaparecido. ¿Cuánto comprenderían estos campesinos de sus revisiones si el culto quedara en latín? Por lo tanto, el nuevo culto tenía que ser en el lenguaje del pueblo, el vernáculo (en el caso de Lutero, en alemán).

El principio del "efecto audiovisual" no es nada nuevo. Lutero conocía su valor también. Sabía que para obtener el mejor resultado, no sólo era importante que la gente viera que se habían hecho cambios, sino que percibieran lo que se decía. Al instituir los sacramentos, Nuestro Señor los hizo signos externos que consisten de materia y forma, es decir, una cosa o una acción acompañada por una declaración que lo define. Al corromper los sacramentos, Lutero conocía la importancia de alterar las acciones y las palabras para definir el "sacramento" de nuevo.

Para los herejes era increíble la idea de un verdadero sacrificio realizándose sobre el altar. Representaba para ellos la superstición y la magia, así que cambiaron el énfasis de sacrificio a lo de "cena del Señor" como acción de gracias a Dios y comunión por Cristo con Dios y con los demás. Su culto, pues, llegó a ser para ellos una "comida comunal" o una "celebración" en que la unidad entre creyentes se expresaba al participar en la "fracción del pan" unos con los otros. También llegó a ser un "testimonio" y tributo a Jesucristo, un sacrificio de alabanza y agradecimiento a Dios, pero categóricamente no una representación del sacrificio perfecto que Cristo había ofrecido en el Calvario.

Su culto se hizo una "comida memorial" basada en el equivocado entendimiento de las palabras de Cristo: "Haz esto en memoria de Mí." Mientras la Iglesia Católica daba énfasis en "Haz ESTO" (la acción de Cristo), los herejes la cambiaban a "en memoria de Mí" (una memorial). Y este cambio del significado se logró fácilmente al reemplazar el altar por una mesa.

Cuando se ve un altar se piensa en sacrificio, pues es sobre los altares donde el

sacrificio tiene lugar. Sacrificio, altar y sacerdocio son inseparables. Por otro lado, cuando se ve una mesa se piensa en una comida, pues es sobre las mesas que se toman las comidas. ¡El sacrificio no se hace en las mesas y las comidas no se comen sobre los altares! Pues bien, con la mesa como centro de atención en la iglesia, se sugería "comida" y la idea de sacrificio desaparecía.

En la Iglesia Católica, la misa es ambas cosas, sacrificio y sacramento, y la Iglesia enseña que este sacramento opera por virtud de un poder dentro de sí mismo (ex opere operato), porque Nuestro Señor lo ha instituido con toda la fuerza de Su veracidad para ser el indefectible "signo externo" de Su gracia invisible. Es el poder de Cristo que opera en el sacramento; Él es el ministro de todo. El sacramento no puede perjudicarse por ninguna debilidad humana, bien sea la indignidad del sacerdote o la indiferencia de la congregación, y los efectos de la misa se generan aún cuando se celebra sin congregación y aún cuando el sacerdote está en estado de pecado mortal.

Por lo tanto, está claro que la misa no depende de la participación humana para su eficacia; ¡es eficaz por medios sobrenaturales porque es la acción de Cristo Mismo!

Sin embargo, el punto de vista de Lutero sobre la misa era algo muy diferente. "La misa es una promesa divina," dijo, "la cual no puede ayudarle a nadie, ni aplicarse a nadie, ni interceder por nadie, ni comunicarse a nadie, excepto a aquel que cree con fe propia. ¿Quién puede aceptar o aplicar a otro la promesa de Dios que requiere la fe de cada uno individualmente?" Era suya la afirmación que la misa no opera desde "un poder intrínseco", sino que cuenta con "un poder exterior"--la fe de cada participante. Según Lutero, el poder por el cual funciona cualquier "sacramento", está en la fe de las personas congregadas allí. El "sacramento" luterano no es un signo exterior de la gracia de Dios, sino el signo externo de la fe del pueblo en las promesas de Cristo. Por el sacramento, Dios no extiende su gracia, sino más bien el pueblo expresa su confianza. El "sacramento" luterano no es la acción de Dios, sino del hombre.

Con este punto de vista, pues, dio la vuelta a las cosas e insistía en que el servicio no se celebrara mientras se daba la espalda a la congregación, sino que tenía que hacerse dando la cara y dirigiéndose a ella para que su fe se aumentara, dando al servicio el poder necesario para hacerlo efectivo para aquellos que creerían.

Una vez que el "altar del sacrificio" se convirtiera en "la mesa del Señor," también se hizo necesario eliminar el canon de la misa, porque éste era la gran oración en donde ocurren las referencias al sacrificio--no sólo un sacrificio de alabanza (que el mero hombre podría ofrecer), sino el sacrificio de reparación por el pecado (que sólo Cristo podía ofrecer). Lutero declaró: "Que el canon dé lugar al evangelio," y en su lugar había una simple exhortación de recibir la comunión. Había más énfasis en las escrituras y en la enseñanza, con una decidida ausencia de cualquier cosa que indicara el sacrificio del Calvario. Con el canon reemplazado y el servicio entero que adoptaba el carácter de un servicio de oración para alentar la fe, las lecturas de la Biblia tomaron un papel más prominente. El sermón ocupó un lugar grande, tanto que la Iglesia se dio un aire no sólo de un sitio de oración y alabanza, sino de un auditorio o sala de conferencias también.

Los herejes comprendieron muy bien cómo formular un servicio que diera énfasis en donde ellos lo querían, mientras a la vez rechazara esas cosas que no les eran aceptables. Compusieron un servicio "evangélico," un servicio de predicación, un servicio de

enseñanza, en donde la lectura de las escrituras adquiría importancia--para el propósito principal de incitar la fe. Esto era para ellos la suma y sustancia del oficio, ya que, según el Doctor Lutero, "la fe sola salva." Se hizo todo esto para poder negar y rechazar más o menos claramente la idea de sacrificio y de transustanciación. Al quitar el canon y cualquier otra cosa que se refería al sacrificio, incluso el altar, y al colocar una "mesa santa," la idea de sacrificio se reemplazaba con un "memorial de la cena del Señor." El servicio nuevo reflejaba el hecho de que:

- -Negaron que los méritos de la misa se podían aplicar a los vivos y a los muertos (sobre todo porque también negaban la existencia del purgatorio), para que la misa de réquiem destinada para el descanso de un miembro difunto se sustituyera por un "funeral cristiano."
- -Negaron que el sacerdote podría "actuar en la persona de Cristo" y transustanciar, y lo dejaron muy claro al eliminar el "acto de la consagración" y al colocar una "narración de la última cena" en su lugar.
- -Negaron el poder del sacerdocio sacrificador e invitaron a todos a recibir el cáliz y a tomar una parte más activa en los oficios con el propósito de dar énfasis sobre el "sacerdocio" de todos los creyentes.
- -Negaron la presencia verdadera de Cristo en la Sagrada Eucaristía y reintrodujeron la "comuni3n en la mano," y ya que no había presencia verdadera, ¡no hubo necesidad de tabernáculos!
- -Negaron la intercesi3n de la Bienaventurada Virgen y de los santos y quitaron todas las imágenes y estatuas sagradas de las iglesias. El crucifijo se reemplazó con una cruz desnuda, sin corpus, o sea, sin la imagen del Cristo agonizante.

Con este breve resumen, deseamos proporcionar los antecedentes del "por qué" del Concilio de Trento y del "por qué" hacía falta la codificaci3n de la misa romana. La misa tridentina se fraguó como arma eterna contra estas herejías y permanece tan efectiva hoy como lo fue entonces. Sin embargo, hoy en día entre "católicos" existe un desprecio por ella que iguala el de Lutero, quien dijo: "Declaro que todos los prostíbulos, todos los homicidios, asesinatos, robos y adulterios han causado menos mal que la abominaci3n de la misa papista." Hoy en día los "católicos" la abandonan por una nueva forma de liturgia -realmente un nuevo orden de culto totalmente- el cual da la "casualidad" que es bastante compatible con las herejías de Lutero y otros heresiarcas.

Hasta aquí, hemos tratado de aclarar en algo el propósito de codificar la misa tridentina como barrera y salvaguardia contra la herejía, ¿no despierta curiosidad el por qué se se la ha abandonado y prohibido? Ciertamente, ¡la herejía no ha dejado de existir! ¡no todos los protestantes se han convertido nuevamente a la Fe de sus antepasados! ¿Qué puede hacer pensar que la Misa Tridentina ya no sea necesaria? ¿Que no es aceptable? ¿Que es tan intolerable que hay que arrancarla y reemplazarla con un concepto de "misa" totalmente distinto?

Resumiendo: ¿por qué la misa nueva?

Podríamos aplicar a la nueva misa las palabras del Papa León XIII referidas antes: "Para una estimaci3n justa y adecuada" es importante "comprender las circunstancias en las que se originó y en que se instituyó públicamente."

Cuando hacemos remontar la causa radical de poner por obra la misa nueva y de

descartar la misa tridentina, descubrimos que por debajo de todo hay un ambiente de falso ecumenismo. Decimos ecumenismo "falso" y falso es.

La palabra "ecuménico" usada en el sentido católico siempre ha significado una representación de todos los obispos en comunión con la Sede Apostólica, de todo el mundo católico, de todos los que reconozcan la estructura jerárquica de la Iglesia y que estén unidos en la misma fe católica. Este es el verdadero significado de "ecuménico" y como tal, no es nuevo en el catolicismo.

Sin embargo, desde 1925 hasta 1935 especialmente, "ecuménico" empezaba a asumir otro significado totalmente distinto. En esa década brotó un movimiento inspirado por el protestantismo que de hecho se llamaba el "Movimiento Ecuménico." Su meta era la de lograr una "unidad" de todas las sectas cristianas por la cooperación y comprensión más íntima, conduciendo por último (así esperaban sus defensores) a una sola "Iglesia Cristiana Universal."

Como movimiento organizado, empezó por los principios del siglo XX y se hizo altamente visible con el establecimiento del Consejo Mundial de Iglesias, con su primer asamblea en Amsterdam, Holanda, en 1948.

"Ecuménico," tal y como se fomentaba por el Consejo Mundial de Iglesias y el Movimiento Ecuménico, toma un significado totalmente opuesto al significado católico y a la doctrina católica de una sola Iglesia verdadera, unida en las doctrinas de una sola fe sobrenatural. Este ecumenismo falso se basaba en el indiferentismo; o sea, que "para Dios, una religión es igual de buena como otra." Y más allá de esto, también se niega la realidad de la Iglesia verdadera, al sugerir que la Iglesia verdadera todavía no existe pero que empezará a existir en algún momento del futuro al unirse varias comunidades cristianas.

El Consejo Mundial de Iglesias coordina unas 300 sectas variadas: miembros de las denominaciones Anglicana, Católica Vieja, Ortodoxa, y Protestante que incluyen unos 400 millones de cristianos. Ha llegado a ser el cuerpo representativo de este "ecumenismo falso." Ha hecho bien su trabajo. Tan bien, de hecho, que ya la palabra "ecuménico" se comprende totalmente mal y se distorsiona del significado católico y se acepta en este sentido nuevo, modernista, por la mayoría del mundo: "la unidad importa más que la verdad."

Mas para los católicos este "ecumenismo falso" ¡no es aceptable!

Está basado en el principio de que "una religión es tan buena como la otra," un principio que la Iglesia ha condenado como herético. Cualquiera que promueva tal filosofía ¡claramente es un hereje!

El Consejo Mundial de Iglesias es una creación protestante organizada específicamente para extender la doctrina de la "justificación por la fe sola" bajo el disfraz de la caridad cristiana llamado "ecumenismo." Aunque la nueva Iglesia creada por Vaticano II no es miembro todavía, se acerca cada día más, y ciertamente ayuda a promover sus ideas.

Esto no es una frase vacía; está bien documentada de verdad. Durante muchos años ya, la Iglesia conciliar se ha involucrado en lo que normalmente se llama "diálogo" con varias sectas protestantes, especialísimamente con los luteranos y los anglicanos. Estas reuniones no son nada sigilosas; por el contrario, son bien anunciadas. De lo que la mayoría de los católicos no son conscientes es que estos "diálogos" no era algo que

empezaron después de la introducción de la misa nueva; se celebraban mucho antes de Vaticano II, de modo extraoficial entre las dos Guerras Mundiales, a decir verdad. Las primeras sesiones de diálogos tuvieron una relación directa sobre la composición de la misa nueva a finales de los años 60.

También es muy conocido que ciertos miembros de la jerarquía de la Iglesia y un número de teólogos que enseñaban en los seminarios promueven abiertamente y esperan ansiosamente el día en que la Iglesia Católica pueda aceptarse en el Consejo Mundial, igual que muchos católicos esperan el día de sacerdotes mujeres, o "sacerdotisas." Pero antes de que la inclusión de la Iglesia de Vaticano II en el Consejo Mundial de Iglesias se haga realidad, hay ciertos obstáculos que han de eliminarse.

Primero, la Iglesia Católica tiene que abrazar y profesar la doctrina de la "fe sola," que la obediencia a los preceptos morales no es necesario para la salvación, sino tan sólo la confianza de que Jesús ha muerto por los pecados de cada uno. También, ya que ningún protestante que desea quedarse así aceptaría la primacía y la infalibilidad de un Papa, pues aquel cargo ha de reducirse a un puesto tipo "presidente de la junta directiva" y nada más que eso. Otros obstáculos son la transubstanciación del pan y el vino al cuerpo y sangre de Cristo en la misa, los distintos poderes sacramentales del sacerdocio, y--especialísimamente--la misa como sacrificio de propiciación para vivos y muertos.

Antes de que la Iglesia Católica pueda hacerse aceptable al Consejo Mundial y armonizarse bien con las otras "denominaciones cristianas," ¡todo esto ha de eliminarse! En otras palabras, todas las verdades sobrenaturales, los misterios divinos de la fe católica, han de descartarse de sus doctrinas y de su culto; tiene que hacerse "más humano" y "más natural" (o sea, menos sobrenatural) para considerarse solamente una de las muchas iglesias que pretenden lealtad a Cristo.

La única cuestión a tratar ahora es ¿cuál es la manera más efectiva de conseguir tal tarea?

Martín Lutero tenía la contestación para eso: "¡Destruya la misa," dijo, "y destruirás el catolicismo entero!"

La relación entre la misa y la fe no se puede desechar ni tomarse a la ligera. En su encíclica *Mediator Dei*, Pío XII afirma: "En la Sagrada Liturgia hacemos explícita profesión de fe... Toda la Liturgia tiene, pues, un contenido de fe católica, en cuanto atestigua públicamente la fe de la Iglesia... De aquí que si queremos distinguir y determinar de manera absoluta y general las relaciones que existen entre la fe y la Liturgia, podemos afirmar con razón: 'Lex credendi legem statuat supplicandi--La Ley de la Fe debe establecer la ley de la oración.'" Dicho simplemente, esto significa, "Tu oración es simplemente la expresión de lo que crees."

Esto, pues, es nuestra tarea: examinar las oraciones de la llamada misa tridentina y compararlas con las de la misa del nuevo orden. Cuando lo hacemos, quedará muy claro que en verdad ¡representan dos fes distintas y constituyen dos religiones distintas!

No es difícil hacerlo. Todo lo que se necesita es un misal tridentino y uno del *Novus Ordo*, y sugerimos que lo hagáis.

En la misa tridentina encontramos la pura fe católica claramente profesada sin ambigüedad alguna.

En la *Novus Ordo*, encontramos un servicio tan ambiguo que los protestantes (que

tienen toda intención de permanecer protestantes) admiten abiertamente que son capaces de encontrar en la misa nueva su "cena," y ponen una importancia especial en el "uso de las nuevas oraciones eucarísticas con las que se encuentran muy a gusto." (Afirmación del Consistorio Superior de la Iglesia de la Confesión de Augsburgo en Alsacia y Lorena, el 8 de diciembre, 1973.)

También trataremos de lo que algunas personas gustarían creer son cambios meramente superficiales y cosméticos pero que en realidad son bien calculados y profundos; son calculados en que se diseñaron con un propósito específico, y profundos porque este propósito es la anihilación del catolicismo.

Veremos que los modernistas han seguido los proyectos de los "reformadores" (y en algunos casos han ido aún más allá de ellos), y veremos porque cualquier católico (que desea salvaguardar su Fe y permanecer católico) en buena conciencia no puede aceptar la misa nueva, ni tolerarla, ni participar en ella, ni mostrarse indiferente ante la misa nueva, la cual no profesa la fe católica, sino que se compuso para profesar una "religión ecuménica" que "tiene la posibilidad de satisfacer a los más modernistas de entre los protestantes." (Cardinal Ottaviani en su "Intervención" a Pablo VI en 1969)

Como siempre, el mejor sitio para empezar es el principio.

Al contrario de lo que pueden creen la mayoría de los católicos, la nueva misa no apareció por primera vez en 1969; ya se había escrito y estaba terminado en 1967. En este momento, se convocó un Sínodo Episcopal en Roma y se le pedía que emitiera un juicio crítico sobre una celebración experimental de una llamada "misa normativa," que era esencialmente la misma misa impuesta a los católicos como el "Novus ordo" dos años más tarde. Después de la liturgia, que se celebró en la Capilla Sixtina por el mismo Annibale Bugnini, quien era una de las fuerzas motoras detrás de los cambios litúrgicos desde el 1948, el voto demostró una apreciable oposición y en esencia se rechazó la "misa experimental."

Sin embargo, dos años después, sin más juicios por parte de conferencias episcopales, se introdujo de nuevo y se impuso como Missae Novus Ordo --la "misa del nuevo orden"-- por Pablo VI. Un grupo de 40 eminentes teólogos en Roma misma, incluyendo a dos de los cardenales más antiguos, redactó un [estudio crítico de la nueva misa](#) y lo mandó a Pablo VI, el 25 de septiembre de 1969, en una [carta firmada por los Cardenales Bacci y Ottaviani](#). La esencia del informe era que se encontró que el Novus Ordo se desviaba de la doctrina católica, que era peligrosísimo a la fe y que, mientras socavaba la fe de los católicos, daba todas las promesas de satisfacer a los más liberales y modernistas de entre los protestantes. Tal vez eso es exactamente lo que querían sus autores. Se hizo caso omiso del informe y el Novus Ordo se impuso después de una breve demora.

Ya que la misa es el oficio central en la Iglesia Católica, es importante que los católicos sepan quien escribió la misa nueva, y quienes la aprobaron después de que se había rechazado por el sínodo de obispos de 1967.

Para contestar la primera pregunta, el arzobispo Annibale Bugnini dirigió a un Consilium, el grupo de estudio que formuló la nueva misa. Ahora bien, es posible que muchos jamás hayan oído hablar del Arzobispo Bugnini, pero en realidad, la mayoría de nosotros le hemos visto en la televisión. Presidió el servicio de Navidad para los rehenes



estadounidenses en Irán. ¿Por qué estaba en Irán? No, no se le envió específicamente para celebrar estos servicios como algunos pueden haber pensado; se le envió a Irán como Nuncio Apostólico mucho antes (cerca del 1976) después de presentarse al Vaticano un expediente que demostraba sus vínculos con la **Francmasonería.**

(Del Vol. XIII, N_ 6, 1991,

pp. 19-26)

Después de ser denunciado como masón el Arzobispo Annibale Bugnini del Concilio sobre la Liturgia, es obvio que (su presencia) llegó a ser desconcertante en el Vaticano, y se destinó convenientemente a Irán como Nuncio Apostólico. Como dice el antiguo refrán: "¡Ojos que no ven, corazón que no siente!" Y en cuanto concierne al Concilio mismo, sí que es interesante notar que entre el equipo de consejeros había seis teólogos y líderes de Iglesias protestantes, cinco de los cuales se pueden ver en una fotografía oficial con Pablo VI son: los doctores George, Shephard, Konneth y Smith, y el hermano Thurian, quienes representaban el Concilio Mundial de Iglesias, la Iglesia Luterano, la Iglesia Anglicana, y la Comunidad Protestante de Taize. Según el R. P. Rembert Weakland, arzobispo conciliar de Milwaukee (EE.UU.), dichos teólogos protestantes jugaron un papel activo en la creación de la misa nueva para la Iglesia pos-vaticano II.

Muy ciertamente estos protestantes, cuya ayuda se pidió para formar la liturgia nueva, lejos de ser defensores del santo sacrificio de la misa, eran promotores del ecumenismo falso, de la justificación por la fe únicamente, y del subjetivismo religioso --un sistema de pensamiento religioso en el que se basa todo el protestantismo. Es un sistema en donde la religión se basa, no sobre una "fe objetiva," sino sobre los sentimientos, emociones, encuentros, y experiencias, todos los cuales pasan por inspiraciones directas del "Espíritu Santo" sin cabida para la obediencia a ninguna autoridad de la enseñanza establecida divinamente ni para los misterios sobrenaturales.

No es de extrañar pues, que con esta ayuda protestante, Monseñor Bugnini compusiera un servicio que no ofendiera a aquellos que no creían en la verdadera presencia de Cristo, en la transubstanciación, ni en los poderes del sacerdocio católico. ¿Y es de extrañar el por qué fue rechazado cuando en octubre del 1967 se lo propuso para ser evaluado por una Reunión del Sínodo Episcopal en el Vaticano? Sin embargo, en el número de mayo de 1970 de *Notitiae*, órgano para la Sagrada Congregación del Culto Divino, se afirma que, después de un examen de la Introducción al nuevo rito hecho en 1969, "los padres y especialistas del Concilio no encontraron en ella ningún error

doctrinal, ni razón alguna para hacer ningún cambio." Y pues, ¿si fuéramos a pedirles a Lutero, a Calvino y a Zwinglio que pasasen juicio sobre sus propias obras, ¿habrían "encontrado en ellas algún error doctrinal, o razón alguna para hacer cambios?"

LOS CAMBIOS SOCAVAN LA FE POR SU COMPLICIDAD SUTIL

Al contrario de lo que se nos ha dicho, el Novus Ordo sí que introduce cambios que alteran la Fe de la Iglesia en cuanto a la expresión de su culto, como veremos a continuación.

Lo que el Concilio llamaba "cambios insignificantes e inocuos" son a menudo muy sutiles en sus implicaciones. Normalmente no contradicen rotundamente las doctrinas de la Iglesia, ni niegan forzosamente y descaradamente sus enseñanzas tradicionales sobre la misa. Mas por la fuerza de mil implicaciones, corroen y corrompen la fe en la mente de la gente, casi como la lluvia ácida destruye un valioso edificio histórico despacio pero sin piedad.

Cuando se examina la misa nueva en su totalidad, las verdaderas intenciones de los autores y de los que la promueven se hacen clarísimas, pues todas las modificaciones e innovaciones convergen en un sólo fin. Estos cambios están perfectamente orquestados para efectuar un cambio importante en la parte esencial de la misa. Y que los cambios litúrgicos no toquen lo esencial de la misa, simplemente no es verdad, pues tomado en conjunto tienen como impacto deliberado la alteración de la fe en las mentes de los fieles, especialmente en los jóvenes--sus hijos y nietos--por el uso y la costumbre.

La primera innovación principal del Novus Ordo era sobre la lengua de la misa. Hay muchos que están bajo la impresión falsa de que la diferencia principal entre los católicos tradicionales y los que siguen a Vaticano II es cuestión de gusto personal, estilo, preferencia, o aún simplemente cosa de idiomas: la lengua latina contra la lengua vernácula. Y estas personas suponen que el católico tradicional estaría satisfecho si la misa nueva se dijera en latín; así cualquier iniciativa por parte de la jerarquía de promover la lengua latina en la misa nueva les parece ser la solución. Esto, sin embargo, no es así en absoluto. La misma misa nueva se publicó al principio y oficialmente en latín, pero aún así era perniciosa para la fe católica.

Que se establezca de una vez para siempre que el asunto principal de desacuerdo está en la misma forma y significado de la misa. ¡Para el católico tradicional, el Novus Ordo es funesto en cualquier lengua! Pero sí estamos de acuerdo--y los reformadores comprendieron esto bien--que ciertamente sería mucho más difícil adoctrinar una teología nueva en las mentes católicas si la liturgia fuera en latín. También sería difícil permitir las muchas variaciones estafalarias en experimentos litúrgicos en las últimas tres décadas si la liturgia se hubiera adherido al latín. El descarte del latín, por lo tanto, fue crítico para que los reformadores modernistas llevaran a cabo su propósito dual: (1) abrir la liturgia de par en par a toda clase de proyectos y temas, mientras a la vez (2) dar a su liturgia revisada el poder penetrante para infectar el pensamiento de los fieles con las nuevas nociones destructivas para las antiguas doctrinas.

Lutero, también, comprendió la importancia de la lengua litúrgica. Una lengua

litúrgica era un eslabón permanente con el pasado. Para poder meter sus ideas en el pensamiento de los alemanes, tenía que romper aquel eslabón. Pero, "¿cuánto comprenderían estos campesinos de las revisiones si permanecieron en latín?" Y así, lo primero que hizo fue redactar el nuevo culto en alemán.

El uso de la lengua vernácula no es una innovación "insignificante" o "inocua", ni mucho menos. El Papa Pío XII lo llama un asunto de importancia principal: "Hay que reprochar severamente la temeraria osadía de aquellos que de propósito introducen nuevas costumbres litúrgicas... No sin gran dolor sabemos que esto sucede en cosas no sólo de poca, sino también de gravísima importancia; no falta, en efecto, quien usa la lengua vulgar en las celebraciones del Sacrificio Eucarístico... El empleo de la lengua latina, vigente en una gran parte de la Iglesia, es un claro y noble signo de la unidad y un eficaz antídoto contra toda corrupcion de la pudra doctrina." (de la Encíclica *Mediator Dei*)

El Concilio de Trento no pensaba que el uso de la lengua vernácula fuera inocuo tampoco, y hasta excomulgaron a cualquiera que promoviera la misa rezada exclusivamente en la lengua común: "Si alguien dice... que la misa debe celebrarse solamente en la lengua vernácula, sea anatema."

La cuestión debe quedar clara: la iglesia ha insistido en el latín como la lengua litúrgica durante 1.600 años por alguna razón. ¡Así que la eliminación del latín en la celebración de la misa es mucho más que un cambio menor o una alteración insignificante!

EL LATÍN COMO SALVAGUARDA CONTRA LA CORRUPCIÓN LITÚRGICA

El latín se llama "lengua muerta." En gramática esto significa que es un idioma "fijo" que no puede torcerse, falsificarse, o cambiar de significado. Una "lengua viva" puede crear significados nuevos y palabras nuevas. Como "lengua muerta," el latín es inmutable y no está sujeto al cambio; esto es la primera zona de defensa para el latín como lengua oficial de la Iglesia. G. K. Chesterton lo expresó bien al decir: "La diferencia entre una lengua moderna y el latín no es la distinción entre una lengua viva y otra muerta, sino la diferencia entre una lengua moribunda y otra inmortal."

El Papa Pío XI hasta fue tan lejos como para decir que la lengua latina es una parte de la vida de la Iglesia tal que comparte, en algún sentido, las cuatro marcas que la identifica como la verdadera Iglesia de Jesucristo. Los que se acuerdan de su catecismo, recuerdan que la verdadera Iglesia tiene cuatro características: es "una, santa, católica y apostólica." Igual que la Iglesia es una en la fe siempre y por todas partes, también la lengua latina es una y la misma siempre y en todas partes. Igual que la Iglesia es santa, también los escritos de tantos Padres santos y Doctores de la Iglesia han consagrado al latín, que ha servido durante siglos como vehículo digno para las verdades de la fe. Igual que la Iglesia es católica, o sea universal, y que se destinó por el único Mediador entre Dios y el hombre para ser el único medio de salvación para la gente de todas las razas de la humanidad, así el latín también es una herencia común que rebasa las culturas modernas sectarias--es patrimonio del mundo sin distinción de cultura o raza. Y por fin,

igual que la iglesia misma es de origen apostólico, también el latín fluye a través de las épocas desde aquellos tiempos apostólicos, aún desde la prisión Mamertina cerca del Foro Romano, de donde los santos Pedro y Pablo se condujeron un día al martirio glorioso para Cristo.

Ya que Jesucristo es inmutable, ya que Sus verdades son inmutables, ¿no es apropiado y correcto que la lengua oficial de Su Iglesia y la lengua de Su obra más sagrada, la misa, también sea inmutable? Pío XII la llamó "antídoto efectivo contra cualquier corrupción de la verdad doctrinal" debido a su inmutabilidad. Si la lengua no puede cambiar el significado de la misa, entonces las doctrinas contenidas en ella no se pueden cambiar ni descartarse en el nombre de "ponerse al día" o de llegar a ser "relevante al mundo moderno."

Pero hay más que alegar del latín en relación con la Iglesia. Durante 1.600 años llevaba el sacrificio de la misa, los sacramentos y el mensaje del cristianismo a todos los pueblos del mundo. Por el uso de la lengua latina, los católicos en todo el mundo estaban unidos en "un solo Señor, un solo bautismo, una sola fe." Por su misma naturaleza, el latín es apropiadísimo para promover todas las formas de cultura entre las gentes. No da lugar a celos, ni favorece nación alguna, sino se comunica a todos por igual e imparcialmente, y como ha afirmado Pío XI: "Pues la Iglesia, precisamente porque abraza todas las naciones y está destinada a durar hasta el fin del tiempo... por su misma naturaleza requiere una lengua que es universal, inmutable y no-vernácula."

El R.P. Oswald Baker observó que descartar el latín es lo mismo que "quitarle a la Iglesia el manto de reina y vestirla de mono."

La eliminación del latín de la misa es ciertamente una desviación muy profunda que desgarrar el alma misma de la Iglesia. Esto abre la puerta al error doctrinal y a la devastación de la tradición. Es demasiado católico, demasiado tradicional, demasiado objetivo, demasiado solemne y demasiado decoroso para el pensamiento subjetivista que quiere moldear "la verdad" al capricho del momento. El latín coloca un velo decente y hermoso sobre lo que hace el sacerdote en el altar mientras reza a Dios. El latín promueve el "misterio" y para el pensamiento subjetivista, no hay sitio para misterios. Con la eliminación del latín, la sensación sobrenatural de la misa desaparece y el humanismo puede colocarse en su sitio.

LA NOCIÓN DEL HUMANISMO: EL HOMBRE SE PERFECCIONA A SÍ MISMO

Al considerar lo que el "subjetivismo religioso" y el movimiento ecuménico promueven, no es difícil darse cuenta de que un resultado natural es la tendencia de exagerar los derechos y poderes de la naturaleza humana. Esto se denomina "el humanismo"--la creencia de que el hombre tiene el poder de perfeccionarse a sí mismo.

Es un sistema de pensamiento en el cual se hace céntrico y dominante al hombre, sus intereses y desarrollo, inclinándose a exaltar al hombre hasta el punto de la divinidad.

Este sabor humanístico es muy destacado en toda la misa nueva. Todos estos "cambios insignificantes e inocuos" siguen una pauta clara hacia el humanismo y alejados de Dios,

lejos de lo sobrenatural y dirigida a lo natural. Se da énfasis a una "comida comunal," a un sacrificio meramente de alabanza y agradecimiento antes que al aspecto realmente redentor y propiciatorio de la misa. El papel del sacerdote se disminuye a favor del de la asamblea, y una presencia "puramente espiritual de Cristo" se realiza por virtud de la congregación reunida allí en vez de la presencia real de Cristo efectuado por los poderes del sacerdote en la consagración.

Por ejemplo, la Misa Tridentina abre con las Oraciones al Pie del Altar, oraciones de preparación recitadas por el sacerdote como un acto personal de reconocimiento de que, a pesar de su indignidad, está a punto de acercarse a los santos misterios: "Introibo ad Altare Dei"--"Entraré al altar de Dios."

Inmediatamente, es a Dios vivo a quien se reconoce. Desde los mismos comienzos es a Dios vivo, objetivamente presente en el tabernáculo, a Quien se llama la atención inmediata, y es a Él a quien se Le da el sitio de honor. Se da énfasis especialmente a esta fe por el hecho de que el sacerdote da la con vistas al tabernáculo mientras reza en voz baja en la lengua sagrada de la iglesia, igual que Moisés conversaba con Dios en el monte fuera del alcance del oído de la gente, igual que Zacarías ofreció sus oraciones en el retiro del santísimo e igual que Cristo mismo, mientras pendía de la cruz, gritaba a Su Padre Celestial en una lengua no comprendida generalmente por aquéllos reunidos en el Calvario.

Pero el comienzo de una liturgia como ésta no puede tener ningún atractivo para la mente subjetivista, la cual no puede ver a Dios; no puede comprender el lenguaje; no puede oír lo que dice el sacerdote, y peor aún, el sacerdote le está dando la espalda. Su presencia en la Iglesia no tiene nada que ver con lo que está pasando en el altar.

En el Novus Ordo, las Oraciones al Pie del Altar se han reemplazado con unas palabras acogedoras a los fieles: "La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros."

En este caso es fácil ver que se llama la atención inmediata no sobre Dios sino más bien sobre la asamblea de gente reunida allí con una bendición por su presencia.

Un comienzo tal y como éste ciertamente atrae más a la mente egocéntrica del subjetivista; no hay ni mención ni siquiera una pista de la presencia objetiva de Dios, no hay misterio ni hay sugerencia alguna de la calidad sobrenatural de lo que va a ocurrir. Ahora el sacerdote da la con vistas a los fieles, se dirige a ellos, y les habla en su propio idioma. Ellos son el centro de atención. Esta clase de comienzo atrae más a la mente subjetivista, no hay nada sobrenatural en él, sino está en el campo del "encuentro personal."

Desde el mismo principio del Novus Ordo, los católicos, especialmente los jóvenes, están disuadidos de la fe católica objetiva y conducidos más bien a una mentalidad subjetivista que contradice la enseñanza católica de "ex opere operato" (eso es, que la misa funciona por un poder desde su interior) y están expuestos a la doctrina de Lutero que los fieles han de comprender y participar si el culto ha de tener algún efecto o valor. Un comienzo tal y como éste es bastante aceptable a los protestantes y no tienen escrúpulos en utilizarlo ellos mismos.

SE ACERCA A DIOS, SU CREADOR

En la Misa Tridentina, mientras sigue al pie del altar y antes de acercarse al Sanctum Sanctorum, el sacerdote recita el Confiteor, oración de confesión y súplica de perdón. Es una oración en la que la gente reconocen su pecaminosidad, no sólo en privado, sino delante de toda la iglesia, de todos sus santos testigos y aún delante de los mismísimos poderes del Cielo: "Yo, pecador, me confieso a Dios todopoderoso, a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos Apóstoles Pedro y Pablo, a todos los Santos, etc." Sin embargo en el "rito penitencial" del Novus Ordo, la bienaventurada Virgen, San Miguel, San Juan, San Pedro, San Pablo y todos los santos están eliminados, y se reemplazan con "y vosotros, mis hermanos." Así, se hace caso omiso de la Comunión de los Santos (artículo del Credo Apostólico) y se les concede una importancia principal a los fieles reunidos allí: "a vosotros, mis hermanos."

¡Ningún protestante tendría problema alguno con esto!

En la segunda parte del "rito penitencial," cuando se mencionan a la bienaventurada Virgen y a todos los ángeles y a los santos, se hace únicamente en el sentido de "pedir" sus oraciones por casualidad, pero en ningún caso se puede interpretar como implorar su intercesión. Después de todo, los protestantes no creen en la "intercesión de los santos" pero sí creen en rezar para los demás y les encanta hacerlo. ¡Pregúntales y verás!

Desde el principio pues, la misa nueva se aparta radicalmente del pasado.

JUGANDO CON EL TEXTO: ¿TRADUCIR O INVENTAR?

Otra traducción curiosa aparece en el Gloria de la misa nueva. Durante siglos los teólogos católicos y protestantes han discutido sobre la traducción del saludo angélico a los pastores la noche en que nació Nuestro Señor. Los católicos han dicho siempre: "Gloria a Dios en las alturas. Y, en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad." Mientras tanto los protestantes han dicho: "Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra, buena voluntad a los hombres." La versión católica se basa en San Lucas 2:14, y San Juan 14:27--o sea, que Nuestro Señor y Salvador traía la paz a todos los que Le recibirían, a aquellos cuyas voluntades estaban dispuestas a hacer la voluntad de Dios. Así son los hombres de buena voluntad, pues no puede haber paz alguna para los hombres de mala voluntad, como se ve en Isaías 48:22: "No hay paz para los malvados." La traducción protestante tiene sus raíces en la doctrina de Lutero de "la fe solamente."

Se ve claramente que estas dos traducciones no son equivalentes en absoluto, e implícitamente representan dos credos distintos: uno católico y el otro protestante. En la misa nueva se encuentra el principio del Gloria traducido al español como: "Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor." El protestante no tendría ningún problema con esta traducción; seguramente puede sacar su propio significado de ella. Mientras el católico puede estar pensando de una forma, el protestante puede pensar de otra. Muy "ecuménico."

La Oración del Señor (El Padre Nuestro) sigue el mismo modelo en la misa nueva. Todos los católicos y los protestantes se dan cuenta de que las dos versiones son distintas en el final de esa oración. El católico termina con "líbranos del mal. Amén." La versión protestante añade "porque Tuyo es el reino, el poder, y la gloria, por siempre. Amen." Este final no se encuentra en los manuscritos más primitivos de la Biblia, sino es más bien una glosa que fue añadida al margen por un copista posterior. La Iglesia Católica siempre ha reconocido esta interpolación. Sin embargo, poco después del Padre Nuestro, la misa nueva añade: "Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria, por siempre, Señor." Esta inserción, mientras no es heterodoxa en sí, claramente es una concesión a las sensibilidades protestantes para dar a la nueva liturgia el carácter ecuménico requerido por los modernistas.

¿Quién puede negar que las oraciones, como están empleadas en la misa nueva, hacen que se rece más como un protestante que como un católico? Mas, ¡nadie debería sorprenderse al pensar en los seis protestantes que ayudaron a componer este nuevo servicio!

En la Iglesia Católica, la misa es a la vez sacrificio y sacramento, y nosotros, como católicos, sabemos que para que sea válido un sacramento, ha de emplearse la "sustancia propia," o sea, materia y forma, y la "intención debida." El Papa León XIII nos dice: "En cuanto al pensamiento o intención, puesto que es algo interior por sí mismo, la Iglesia no pronuncia sentencia: pero tiene que juzgarlo en tanto que se manifieste exteriormente."

LA INTENCIÓN DEL SACERDOTE Y EL RITO MANIFESTADO EN PALABRAS, ACCIONES, Y SÍMBOLOS

La intención, pues, siendo algo interno no se puede adivinar, ¡pero puede y debe juzgarse por lo que se pone de manifiesto exteriormente! La Iglesia siempre ha usado tres métodos para demostrar "intención," muy especialmente en la celebración del santo sacrificio de la misa. Estos tres son: el habla, las acciones, y los símbolos.

Un símbolo de éstos, si se le puede llamar así correctamente, es el comulgatorio. En la Iglesia Católica el comulgatorio simboliza una línea divisoria, una "barrera santa" por decirlo así, que separa lo sagrado de lo profano, lo sobrenatural de lo natural, la distinción del "santo sacerdocio" separado del "sacerdocio común de los laicos." Permanece allí como un obstáculo magnífico que hace eco al mandato de Dios a Moisés: "¡No te acerques más! Pues el lugar en que estás es tierra sagrada." (Éxodo 3:5) "Tierra sagrada," ¡claro que sí! Porque es aquí donde los sagrados misterios tienen lugar, donde está el sacerdote como "Alter Christus" por los poderes sobrenaturales del santo sacerdocio de Cristo, y Le ofrece a Dios Padre la "hostia sin mancha," la "víctima pura," el "sacrificio perfecto," y donde Cristo mismo, por su amor indecible hacia nosotros, transubstancia el pan y el vino a Su cuerpo y sangre preciosos, igual que lo hizo el jueves santo hace casi 2.000 años. Y hace esto para que nos alimentemos con el "pan de vida" y participemos de su divinidad, al obedecer su mandato: "En verdad, en verdad os

digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis Su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come Mi carne y bebe Mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque Mi carne es verdadera comida y Mi sangre verdadera bebida." (S. Juan 6:53-55)

Al mismo tiempo, el comulgatorio sugiere a los fieles que se arrodillen ante la presencia real de su Señor y Salvador, y ¡que Le reciban de rodillas con reverencia, amor, respeto y adoración! "Porque yo soy Dios, no existe ningún otro... Que ante mí se doblará toda rodilla." (Isaías 45:22-23) Es de rodillas en el comulgatorio que los fieles manifiestan abiertamente su creencia en la verdadera presencia de Cristo en la hostia consagrada y el poder inequívoco del santo sacerdocio de efectuar una verdadera transubstanciación.

El comulgatorio es lo que simboliza la "mesa del banquete" donde los fieles participan del pan de la vida. Por el uso de este "símbolo" sólo, el comulgatorio, la Iglesia manifiesta claramente y magníficamente su intención en la misa.

En la Iglesia conciliar los comulgatorios han sido eliminados por la mayor parte. ¡Aquella "barrera santa" ha sido derribada! ¡Y ahora el santuario está pisoteado por los laicos como la Calle Mayor! Algunos como lectores, algunos como comentaristas, algunos como ministros extraordinarios, algunos hasta como bailarines litúrgicos, payasos, mimos y titiriteros. Ya no se arrodillan para la "sagrada comunión," sino permanecen de pie y lo reciben en la mano con tanto respeto exterior ¡como si se tomara un trozo de galleta!

Otro cambio introducido en la misa nueva es la omisión de una genuflexión significativa--una omisión tan sutil que la mayoría de los católicos ni siquiera se fijarían en ella. En la misa tradicional católica, tan pronto que el sacerdote haya pronunciado las palabras de consagración ("Este es mi Cuerpo," "Esta es...mi Sangre, etc."), inmediatamente dobla la rodilla. Hace aquel acto de reverencia porque cree que, por virtud del poder de Jesucristo obrando en él como en un instrumento, el pan y el vino se transubstancian en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo mismo. En la nueva liturgia, sin embargo, el ministro no dobla la rodilla ni hace reverencia alguna a la hostia o al contenido del cáliz hasta después de que los haya elevado primero para que el pueblo los mire. ¿Una diferencia sutil? Sí. ¿Significante? ¡Totalmente! Porque representa precisamente la idea luterana del sacerdocio común del pueblo, en el que el sacerdote no es más que el designado de los fieles. Así, son los fieles quienes "consagran" el pan y el vino (o sea, ratifican el símbolo del Cuerpo y de la Sangre de Cristo). Así el ministro no hace ninguna reverencia hacia éstos hasta que el pueblo lo haya aceptado por su valor simbólico.

Todo esto, pues, se ha de tomar como un medio de expresión, una manifestación de intención, y ya que obviamente se expresa lo opuesto de lo que sabemos es la expresión católica, podemos concluir con seguridad que también se manifiesta una intención opuesta.

Esto se hace aún más claro cuando consideramos los seis protestantes quienes compusieron la nueva misa "en colaboración." Podemos suponer que todos subscribían el parecer de Lutero del sacerdocio: "Todos nosotros que hemos sido bautizados somos sacerdotes sin diferencia, pero aquéllos son ministros a quienes llamamos sacerdotes,

escogidos de entre nosotros para que hagan todas las cosas en nombre nuestro, y su sacerdocio no es más que un ministerio. El sacramento de ordenación, por lo tanto, no puede ser más que un cierto rito para escoger a un predicador en la iglesia."

Se hace clarísimo que estas nuevas prácticas, cuando se escudriñan cuidadosamente, expresan una intención que Lutero mismo sancionaría y aprobaría.

El criterio de Lutero se puede ver en mucho del *Novus Ordo* en sus palabras, acciones, y símbolos. No hay diferencia entre el sacerdocio sacrificador y el "sacerdocio" general de los laicos. Esto conduce a la conclusión de que lo que puede hacer el sacerdote, lo puede hacer los laicos también.

La iglesia católica distingue entre el sacerdocio general o pasivo de los laicos por un lado, y el sacerdocio especial o activo del clero ordenado por otro. Por virtud del sacramento del bautismo, todos los laicos se admiten a la comunión de los santos y tienen el poder y el derecho de recibir los sacramentos. Esto se entiende como su sacerdocio en un sentido amplio. Más sólo aquellos elevados por la Iglesia a los poderes de las órdenes sagradas pueden confeccionar y administrar los sacramentos. Esto es el sacerdocio "activo."

EL SACERDOTE COMO REPRESENTANTE DEL PUEBLO NADA MAS

Ahora déjenos comparar la oración anterior a la consagración, la cual en el *Novus Ordo* se llama Invitación a la Oración y en la misa tridentina se llama simplemente por sus dos primeras palabras, el *Orate Fratres*.

La Invitación a la Oración hace que el sacerdote diga: "Orad, hermanos, para que nuestro sacrificio sea aceptable a Dios Padre Todopoderoso." En la misa tradicional, el sacerdote pide, "Orad, hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea aceptable ante el Dios Padre omnipotente."

Para el incauto o el indiferente puede parecer que no hay diferencia alguna entre estas dos frases; en esto exactamente se confían los innovadores. Las inferencias no producen ninguna alarma, mas el mensaje sutil se hace entender. Si se escudriña bien, hay una diferencia tremenda entre las dos. Para reconocerlo, hay que recordar la creencia católica de que el sacerdocio sacrificador es único; no es lo mismo, sino es superior en autoridad y responsabilidad al sacerdocio común de los laicos.

Fíjense como el latín se cuida de distinguir entre el sacrificio del sacerdote y el sacrificio del pueblo: "Mi sacrificio y el vuestro." Los distintos tipos de sacrificio se destacan, pues en la iglesia católica sólo el sacerdote puede ofrecer el sacrificio a Dios. Los laicos ofrecen sus sacrificios personales, sus penitencias, oraciones, obras buenas y sus vidas dedicadas a Dios, pero, ¡sólo el sacerdote puede ofrecer el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo!

Los laicos pueden y deben asentir de corazón y alma al Sacrificio que se ofrece sobre el altar. Como explica Pío XII en *Mediator Dei*: "Unen sus votos de alabanzas, de impetración y de expiación, así como su acción de gracias a la intención del Sacerdote, ante el mismo Sumo Sacerdote, a fin de que sean presentadas a Dios Padre en la misma oblación de la Víctima, y con el rito externo del Sacerdote." Sin embargo explica: "Para

no hacer nacer errores peligrosos en este importantísimo argumento, es necesario precisar con exactitud el significado del termino "ofrecer". La inmólación incruenta por medio de la cual, una vez pronunciadas las palabras de la Consagración, Cristo está presente en el Altar en estado de Víctima, es realizada solamente por el Sacerdote, en cuanto representa a la Persona de Cristo, y no en cuanto representa a las personas de los fieles."

El sacerdote ofrece la misa "como representante de Cristo y no como representante de los fieles"--así es la enseñanza católica. Mientras la enseñanza de Lutero era: "Que ellos (los ministros) hagan todas las cosas en nombre nuestro (de los fieles)," lo cual hace del sacerdote estrictamente un representante del pueblo. En el Novus Ordo, esta distinción desaparece: "Orad, hermanos, para que nuestro sacrificio sea aceptable a Dios Todopoderoso." "¿Nuestro sacrificio?" ¿Es que son uno y el mismo? ¿Significa esto que el sacerdote y el pueblo pueden ofrecer el mismo sacrificio? Si es así, ¿qué clase de sacrificio es?

¿Pueden los laicos ofrecer la inmólación incruenta a las palabras de consagración cuando Cristo se hace presente sobre el altar en el estado de Víctima? La iglesia católica dice que no. Si esto es lo que el Novus Ordo da a entender, ¡pues difícilmente puede ser católico!

Por otra parte, quizás la misa nueva no es un verdadero sacrificio, no es una verdadera representación del sacrificio de la cruz, sino simplemente un sacrificio de "alabanza y agradecimiento." ¡Pues tampoco es católica sino protestantismo cien por cien!

No importa que conclusión se intente sacar de esta astuta manipulación de términos, ha de terminar con la convicción de que el sacerdote en el altar de la misa nueva no es más que los "sacerdotes" sentados en el banco.

¡Y esto es exactamente lo que dijo Martín Lutero! El "sacerdote" según Lutero no era sacerdote en absoluto, sino sólo un ministro. Era simplemente alguien designado por los fieles para predicar el Evangelio. Presidía sobre la asamblea pero no tenía poder sobrenatural alguno.

Era uno designado por el pueblo, no por Dios. Las palabras de Cristo a los apóstoles, "No Me habéis escogido a Mí, sino que Yo os he escogido a vosotros," se tornen más bien en: "Ni vosotros ni Yo hemos escogido, sino que el pueblo os ha escogido." Ya se acabaron las Sagradas Escrituras. (*del Vol. XIV, No. 1, 1992, pp. 9-14*)

Los modernistas son astutos y bien preparados.

Se puede argüir que lo que vemos aquí no es más que una "traducción libre" del latín por motivos de brevedad, y que realmente significa lo mismo.

Para aquellos que no tienen estudios de latín esta táctica evasiva sí puede ser suficiente. Sin embargo, hasta un estudiante de primero de latín reconocería que ésta no es ninguna "traducción libre" sino definitivamente una mala traducción. "Meum ac vestrum sacrificium" en latín se traduce por "mi sacrificio y el vuestro." "Nuestro sacrificio" tendría que haber sido "sacrificium nostrum." Si, en mi clase de latín del instituto, hubiera hecho yo una traducción tan libre, habría recibido ¡un cero!

La verdad del asunto es que esto es exactamente lo que se propuso ser: nada de una traducción libre, sino una mala traducción intencionada y la omisión, toda designada para reemplazar la fe católica objetiva con una religión subjetiva y ecuménica. Y este

escamoteo gramatical se extiende por toda la misa nueva.

Las palabras "beatus" y "sanctus"--que significan "bienaventurado" y "santo"--se dejan sin traducir en casi todos los casos donde aparecen en el latín. En el Gloria, las palabras "benedicimus Te," "glorificamus Te"--que significan "Te bendecimos," "Te glorificamos"--no se traducen. En la Profesión de la Fe, aparece una falsificación tan obvia que es difícil creer que los "especialistas" que hacen esta traducción pudieran haber tenido estudio alguno del latín. "Credo in unum Deum" significa "Creo en un solo Dios," y no "Creemos en Dios."

Estas alteraciones y omisiones predominan en la misa nueva ¡y puedes apostar de que no están allí por casualidad! Antes de la distribución de la Sagrada Comunión, hay una oración que la mayoría de nosotros sabemos tan bien que no se necesita ningún conocimiento del latín para reconocer como ha sido tan enormemente distorsionada en la nueva traducción: "Domine, non sum dignus," "Señor, no soy digno." El eco de las palabras del centurión romano a Nuestro Señor y una demostración magnífica de la fe que él tenía en el poder de Dios. Y ¿cómo se han traducido en la nueva misa? "Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum" se traduce como "Señor, no soy digno de que entres en mi casa," mientras que la verdadera traducción es: "Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo." La segunda parte, "sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea," se da como "pero una palabra tuya bastará para sanarme." La verdadera traducción es, "pero una palabra tuya y mi alma sanará."

Es bastante obvio que hay una aversión clara a la palabra "alma" en la misa nueva. Aunque aparece no menos de 12 veces en el Ordinario de la misa tridentina, ¡por mucho que he buscado, no podía encontrarla ni una sola vez en el Novus Ordo!

El esfuerzo de una persona ha revelado que hay mas de 400 errores en la traducción y la gramática del ordinario de la misa nueva y más de 200 palabras y frases se han omitido totalmente.

Mientras algunos puedan encogerse de hombros ingenuamente ante tal fraude atroz como casualidades sin querer, en cuanto a mí mismo, encuentro difícil creer que los "especialistas" fueran incapaces de una traducción verdadera. No tengo mas alternativa que concluir que se hizo deliberadamente con una intención específica: purgar aún más lo que sea católico de la misa nueva.

Cuando investigamos más a fondo encontramos que ademas de estas alteraciones y omisiones, en el Ofertorio el Novus Ordo suprime todas las oraciones y rúbricas (acciones) que aclaran en su ofrecimiento que están a punto de llegar a ser el Cuerpo y la Sangre de la Víctima Divina. El Suscipe, Sancte Pater, que tiene lugar en el ofrecimiento de la Hostia, está suprimido en la misa nueva: "Recibe, ¡oh Padre santo, Dios omnipotente y eterno!, esta Hostia inmaculada, que yo, indigno siervo tuyo, te ofrezco a Ti, mi Dios vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, y ofensas y negligencias, y por todos los presentes, y también por todos los fieles cristianos, vivos y difuntos, para que, a mí y a ellos, nos aproveche para la salvación en la vida eterna. Amén." En el ofrecimiento del cáliz, también se suprime la magnífica oración Offerimus Tibi, Domine: "Te ofrecemos, Señor, el cáliz de salvación, implorando tu clemencia para que suba como suave aroma hasta la presencia de tu divina majestad, por nuestra salvación y por la del mundo entero. Amén."

Se suprimen la colocación de la Hostia sobre el Corporal, que recuerda la realidad del Cuerpo de Cristo, después de haber hecho la señal de la cruz con ella como recuerdo de la inmolación, y la súplica al Espíritu Santo para efectuar la renovación del sacrificio de la cruz: "Ven, Santificador omnipotente, Dios eterno, y bendice este sacrificio, preparado para tu santo nombre."

Todo esto se ha omitido y se ha reemplazado con una oración judía para antes de comer, ¡evocadora de una comida judía "Seder"! "Bendito seas Señor, Dios del universo, etc."

Está claro que en el ofertorio de la "misa nueva" el énfasis se ha cambiado de sacrificio a "comida conmemorativa" y que la transubstanciación no es ni profesa ni intencionada.

Y ¿cuál es la respuesta a esto de los seguidores modernos del Vaticano II? Nos dicen que la consagración es lo esencial de la misa y que las oraciones que la preceden o que la siguen no tienen verdadero significado. Las palabras que se emplearon conmigo personalmente eran: "Tú buscas el decorado de la tarta sin reparar en la tarta."

Esta es una respuesta modernista típica. ¡Qué hábiles son con los "juegos de palabras"! Pero no olvidéis jamás que el modernismo es una mezcla de terminología católica y racionalismo naturalista. ¡Es una herejía en marcha!

Por cierto, los modernistas pueden decir muchas cosas católicas, y las dirán. Esto es la manera de ser del modernista. Pero, inevitablemente, mezclan verdades con falsedades de forma que aquellos que son incapaces de separar las dos, fácilmente caen presos en sus errores. El modernista es más eficaz cuando tiene un "cargo de autoridad." El sacerdote modernista es más influyente que el laico modernista; el obispo modernista, más eficaz que el sacerdote, pues so capa de "la autoridad" su credibilidad queda sin desafiar. Y cuanto más altos están, tanto menos probable es que alguien sospeche de ellos. Su cargo llega a ser para ellos un maravilloso tipo de "camuflaje." Pero que no os cojan desprevenidos. Recordad que al modernista se le reconocería más bien por lo que practica que por lo que dice. Nuestro Señor nos ha avisado sobre tales como éstos y los desenmascara bastante eficazmente: "Este pueblo Me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de Mí; y en vano Me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres." (Mateo 15:7-9)

Los católicos fácilmente reconocen como la verdad el hecho de que la consagración es la parte más sagrada de la misa, pero ¡es absolutamente falso sugerir que las oraciones de antes y las de después no tienen nada que ver!

Ahora examinemos esto.

Las oraciones que enmarcan la consagración se llaman el Canon de la misa, que empieza con "Te Igitur" y se extiende hasta la "Elevación menor." Por su mismo nombre sabemos que es una parte invariable e inalterable de la misa. La palabra canon significa "regla" o "norma," y el Canon Romano de la Misa Tridentina data más allá del siglo IV y "se fijó" por fin y de una vez para siempre por el Papa San Gregorio el Grande a finales del siglo VI.

El Canon Romano de la Misa Tridentina es tan significativa que siempre que esté, es imposible subvertir la mente de la Iglesia en la celebración de la misa. Es tan significativa que la sesión XXII, capítulo 4, el Concilio de Trento definió: "Y puesto que las cosas santas santamente conviene que sean administradas, y este sacrificio es la más

santa de todas; a fin de que digna y reverentemente fuera ofrecido y recibido, la Iglesia Católica instituyó muchos siglos antes el sagrado Canon, de tal suerte puro de todo error, que nada se contiene en él que no sepa sobremanera a cierta santidad y piedad y no levante a Dios la mente de los que ofrecen. Consta él, en efecto, ora de las palabras mismas del Se_or, ora de tradiciones de los Apóstoles, y también de piadosas instituciones de santos Pontífices."

Este Canon Romano de la Misa Tridentina se ha demostrado ser "una barrera insuperable contra cualquier herejía que ataque la integridad del misterio." Todos los dogmas que los llamados reformadores religiosos rechazaron se afirman explícitamente y la intención de la Iglesia está clarísima: que Cristo mismo, Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, baja sobre el altar bajo las apariencias de pan y vino: que esta acción de cambiar las sustancias del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo se origina por el sacerdote celebrante y por él sólo por virtud del Sacerdocio sacerdotal que le da el poder de actuar como "Alter Christus," en cuanto no es un hombre delante del altar sino Jesucristo mismo, quien efectúa la consagración. Es el Sumo sacerdote Eterno quien está allí de pie, diciendo, "porque este es Mi Cuerpo" y "porque esta es Mi Sangre," exactamente como lo hizo la noche de la Última Cena. Y exactamente como lo hizo al día siguiente, Jesucristo sube místicamente a la Cruz de nuevo y Le ofrece a Dios Padre, el Sacrificio perfecto, la Víctima pura, la Hostia inmaculada. No es un sacrificio nuevo sino el mismo sacrificio que Él ofreció en el Calvario sin los detalles sangrientos. Y se queda verdaderamente presente en las Sagradas Especies para que nosotros, los fieles, podamos acercarnos al comulgatorio y comer de Su carne y beber de Su sangre como Él mandó que hiciéramos para que tuviésemos la vida eterna (Juan 6). Todo esto profesa y afirma el Canon Romano de la Misa Tridentina.

En el siglo XVI, los herejes comprendieron esto bastante bien, y esto es lo que le movió a Martín Lutero a decir del Canon Romano: "Aquel Canon abominable es una confluencia de charcos de agua viscosa, los cuales han hecho de la misa un sacrificio. No es la acción de un sacerdote sacrificador. Junto con el canon, desechamos todo lo que implica oblación."

Ahora los "reformadores" del siglo XX nos dicen que las oraciones del Canon son "insignificantes" y se pueden descartar, mientras sus homólogos del siglo XVI insistían en que eran "demasiado significantes" y tenían que descartarse.

Lo menos que se puede decir de esto ¡es que los reformadores del siglo XVI eran mucho más honestos acerca de ello!

El Canon Romano pide una fe "objetiva," la fe católica, algo que la mente subjetivista no aceptará. Para los subjetivistas y existencialistas modernos, todo ha de ser relativo y experimentado. Por lo tanto Lutero promulgó este concepto: que el servicio sea "evangélico" con muchas lecturas bíblicas y enseñanzas; siendo "la comida conmemorativa" el punto climático en la que se demuestra un lazo de hermandad y de unidad por todos los reunidos que vienen a "partir el pan," los unos con los otros, en señal de la caridad cristiana, y también para conmemorar lo que hizo Cristo en la Última Cena hace 2000 años; que no se ofrece ningún sacrificio verdadero, sólo uno de "alabanza y agradecimiento" a Dios, preservando la memoria de aquel sacrificio ofrecido por Su Hijo de una vez para siempre, para nuestra Redención. La nueva liturgia

reformada del siglo XVI transmite enérgicamente la idea de que en la consagración, no tiene lugar transubstanciación alguna por lo que se cambien verdaderamente las sustancias del pan y del vino al Cuerpo y la Sangre de Cristo; el sacerdote no tiene tales poderes, enseñaron los reformadores. El único poder que efectúa algo es la fe de aquellos reunidos allí en el nombre de Cristo, ya que Él dijo: "Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos." (Mateo 18:20) Así que, en la Sagrada Comunión, a Cristo se le recibe sólo en este sentido espiritual por una presencia simbólica que está allí presente sólo por ese momento--y sólo si el recipiente cree. Después, sin embargo, ya que no hay presencia verdadera alguna, sólo la espiritual momentánea, el pan de la comunión que sobre, se puede tirar de manera conveniente para cualquier "sobra de mesa" y la necesidad de un tabernáculo claramente no hace falta. Todo esto lo consiguieron los herejes, pero sólo después de que lograron quitar el canon romano. E igual que sus grandes antepasados, los "reformadores" de hoy en día han demostrado que también desean dejarlo de lado o por lo menos no apoyar más las doctrinas católicas del sacrificio de la misa y la presencia verdadera efectuada por la transubstanciación. Pero tienen mucho cuidado de no despertar la resistencia católica y en el nombre del ecumenismo, han adoptado un servicio ambiguo capaz de permitirles a los protestantes discernir en él su "Cena," mientras los católicos mayores puedan todavía atribuir a la nueva liturgia la doctrina de la presencia real aunque de hecho se le suele hacer caso omiso, negarlo y eliminarlo.

Los "reformadores" modernos eran más astutos en su desdén del canon romano y, en vez de simplemente tirarlo, algo que habría sido demasiado obvio y seguro de levantar sospechas aun entre los católicos demasiado confiados, recurrieron a distorsionarlo, reemplazarlo y cubrirlo con otras "oraciones eucarísticas," con las cuales los protestantes admiten abiertamente que se sienten "a gusto" porque "tienen la ventaja de darles una interpretación distinta a la teología de sacrificio que acostumbraban atribuir al catolicismo." (declaración protestante ecuménica del 8 de diciembre, 1973)

Al examinar las oraciones eucarísticas nuevas del Novus Ordo topamos con algunas observaciones sorprendentes: la primera oración eucarística, increíblemente, ¡se llama el canon romano!

Pero cuando se compara con el Canon Romano de la Misa Tridentina encontramos que ha sido distorsionado y mutilado a tal punto que aun los protestantes pueden usarlo sin dejar de ser protestantes jamás. Esto se consiguió por un lado por el uso de las "nuevas traducciones" que son simplemente traducciones falsas en muchos casos, y por otro lado por alterar el significado del rito por cambios en la palabra y en la supresión de las rúbricas (acciones y gestos) que profesan la fe católica.

Estas rúbricas que se han suprimido expresaban o daban énfasis al carácter de sacrificio de la misa y por su supresión causan que las palabras que se han retenido cesan de significar que la misa sea un verdadero sacrificio. Al comparar las oraciones del Canon Romano de la Misa Tridentina con aquellas de la misa nueva podremos ver mejor que de hecho no profesan la misma fe.

Tened en cuenta que estamos comparando la "más católica" de las nuevas oraciones eucarísticas, la tal primera oración que se supone es igual que el Canon Romano tradicional de la misa del rito latino. Ahora veremos como hasta esto se falsificó de

modo letal.

TE IGITUR **(El principio del Canon de la misa tradicional latina)**

"Te suplicamos, pues, y te pedimos, ¡oh Padre clementísimo!, por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, que aceptes y bendigas estos + dones, estos + presentes, estos + santos sacrificios sin mancilla."

En esta oración el sacerdote se inclina profundamente, besa el altar, y reza en silencio pidiéndole a Dios que acepte el sacrificio que está a punto de tener lugar. La señal de la cruz (+) se hace encima de los elementos tres veces a las palabras: "estos + dones, estos + presentes, estos + santos sacrificios," clarísimamente señalando el sacrificio de la cruz y el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo en los cuales están a punto de convertirse.

ALABANZA AL PADRE **(Novus Ordo)**

"A ti, pues, Padre misericordioso, te pedimos humildemente por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Se_or, que aceptes y bendigas estos + dones, este sacrificio santo y puro que te ofrecemos."

En esta oración, el sacerdote Le pide a Dios que acepte y bendiga estos dones que Le ofrecemos en sacrificio. Pero la primera pregunta que viene en mente es "¿cuales dones?" En la presentación de los regalos que en el novus ordo precede al ofertorio, más a menudo sí que no, hay variedad de "regalos" traídos adelante y presentados en el santuario. Debemos tener presente siempre que ¡sólo "el pan y el vino" pueden transubstanciarse! La segunda pregunta es "¿qué clase de sacrificio?" ¿Es el sacrificio perfecto de Cristo que se ofrece en reparación por el pecado ("para remisión de los pecados"), o es más bien los sacrificios personales y ofrecimientos de alabanza y agradecimiento del pueblo? Es difícil saberse ya que las palabras Haec + sancta sacrificia illibata, "Estos + santos sacrificios sin mancha," se han quedado sin traducir.

Los únicos "sacrificios santos y sin mancilla" son el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, que la omisión de estas palabras ha evitado aquí muy convenientemente, así que el protestante estaría libre de pensar en términos de la doctrina protestante mientras que el católico puede considerar lo que es católico. Esto se manejó bastante "ecuménicamente."

Debemos afirmar aquí también que de entre las 30 señales de la cruz contenidas en la misa tradicional, el Novus Ordo ha retenido una sola, la que aparece aquí, y ésta no como una señal demostrativa sino como una simple bendición.

"Que te ofrecemos, en primer lugar, por tu santa Iglesia católica: para que te dignes pacificarla, custodiarla, unirla y regirla en todo el orbe de las tierras: junto con tu siervo, nuestro Papa N., nuestro obispo N., y todos los que, fieles a la verdadera doctrina, profesan la fe católica y apostólica."

INTERCESIONES POR LA IGLESIA (Novus Ordo)

"...que te ofrecemos, ante todo, por tu Iglesia santa y católica, para que le concedas la paz, la protejas, la congregues en la unidad y la gobiernes en el mundo entero, con tu servidor el Papa N., con nuestro obispo N., y todos aquellos que, fieles a la verdad, promueven la fe católica y apostólica."

Al comparar estas dos oraciones y a primera vista no parece haber nada diferente, y así es exactamente como se quería que pareciese. Sin embargo al examinarlo más de cerca nos fijamos en que aparece una mala traducción; nos referimos a "et omnibus orthodoxis, atque Catholicae et Apostolicae Fidei cultoribus" lo cual en la misa nueva se traduce como: "y todos aquellos que... promueven la fe católica y apostólica." La verdadera traducción es "y todos los creyentes verdaderos que profesan la fe católica y apostólica."

Ahora, hemos de preguntarnos "¿Por qué fue necesario traducir mal esta oración?" ¡Pero cuanto más la miráis, tanto más obvio llega a ser! El lenguaje de la fórmula tridentina es absolutamente demasiado fuertemente católico. No hace nada para el "ecumenismo." El ecumenismo no distingue entre creyentes, ya que "cualquier religión es tan buena como otra," pero esta oración, tal y como permanece en la fórmula tridentina, hace hincapié claro de referirse a verdaderos creyentes, o sea, aquellos que tienen ¡la Verdadera Fe, la Fe Divina, la Fe Católica y Apostólica!

Decir "todos aquellos que... promueven la fe católica y apostólica" es mucho más ecuménico pues les permite a los protestantes pensar en términos de su teología mientras el católico es inconsciente de que sea así.

Es importante que nosotros comprendamos que los protestantes no se ofenden por el uso de la palabra "católico." Ellos mismos la utilizan, no como el nombre propio de una Iglesia, sino tan solo como un adjetivo para describirse a sí mismos. Ellos la toman por su significado literal de "universal" sin referirse a la Iglesia Católica Romana. De hecho, ellos mismos la usan (especialmente los luteranos y los anglicanos) cuando rezan el credo apostólico y el credo de Nicea. Y todos pretenden tener la fe que nos viene de los apóstoles.

Pero decir "que nos viene de los apóstoles," es mucho más aceptable y ecuménico ya que no se refiere estrictamente a la fe católica romana sino les permite pensar de acuerdo con su pretensión de que la Iglesia Católica Romana se desvió de las enseñanzas de los apóstoles y que ellos las restauraron.

Esta oración, pues, tal y como aparece en la misa nueva y a pesar de lo que los católicos reflexivamente interpretan que significa, también puede utilizarse de buena conciencia por los protestantes quienes pueden interpretarlo como que significa: "la fe universal que nos viene de los apóstoles" -- que para ellos, claro, ¡es el protestantismo! aquí en este estudio de la misa nueva, hemos visto que una de las tácticas de los reformadores era traducir el latín de la misa tridentina de tal modo que hiciera borrosa la distinción entre el sacerdote y el pueblo, y por estas malas traducciones y omisiones, hacer aceptable el rito de la misa a los protestantes.

Un ejemplo en el que la omisión descarada ha purgado a una oración de ese sentido católico es en la tercera oración del canon tradicional de la misa, el Communicantes. En esta oración, vemos al "ecumenismo" bien servido, no por lo que se dice, ¡sino por lo que no se dice! En esta oración, el sacerdote se une con los santos del cielo al conmemorar la Iglesia triunfante, sus apóstoles, Papas, y mártires, especialmente aquellos venerados en Roma. Empieza: "Unidos en una misma comunidad, veneramos la memoria, en primer lugar, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo." En la misa nueva empieza: "Reunidos en comunión, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo nuestro Dios y Señor."

Para detectar la manipulación ecuménica de esta oración hemos de recordar que la omisión es una herramienta favorita de los modernistas. Y en esta oración podemos descubrir esta decepción, que en su mayor parte pasa derecho por encima de las cabezas de tantos católicos despreocupados y complacientes hoy en día, quienes participan en el Novus Ordo sin distinción.

Si hay alguna área en particular en que los protestantes tendrían problemas serios, tendría que ser al principio de esta oración: "...en primer lugar, de la gloriosa siempre Virgen María..." Pues con estas palabras la Virgen María se coloca la primera de entre todas las criaturas de Dios y con relación a la palabra "gloriosa," se eleva de grado, honor, dignidad, y carácter por encima de cualquier otro santo y ángel de Dios, manifestando la idea católica de "hiperdulía"--aquella veneración especial debida a María, por encima de la veneración debida a los demás santos. Pero el protestante, con motivo de idolatría, no la honraría en primer lugar ni extendería a la Bienaventurada Madre ninguna veneración por encima de cualquier otro seguidor de Cristo. Por lo tanto, al no traducir las palabras in primis gloriosae semper Virginis Mariae, "en primer lugar de la gloriosa siempre Virgen María," la veneración especial debida a María se pasa por alto ecuménicamente. No es ni profesada ni implícita ¡y el protestante probablemente es más consciente de esto que la mayoría de los "católicos" reformados!

¡Un caso claro de "degradar a la Madre de Dios" sutilmente para promover el ecumenismo! Y habría que preguntarse cuál es el parecer de Dios en esto cuando meditamos las palabras de San Agustín: "¿Qué te vale no ofender al Padre, Quien venga una ofensa contra la Madre?"

(Vol. XIV, No. 2, 1992, pp.12-18)

Las próximas oraciones que examinaremos son aquellas que preceden inmediatamente la consagración y por lo tanto se las pueden llamar las "oraciones preparatorias" ya que tratan directamente de la Oblación y la eficacia de la consagración.

Mientras nos acercamos al momento sacratísimo de la Consagración, veremos que en la misa nueva no se profesan explícitamente las doctrinas tradicionales de la transubstanciación por el poder único del sacerdocio, y la presencia verdadera de Cristo bajo las especies de pan y vino:

HANC IGITUR

(Tridentina)

"Te suplicamos, pues, Señor, aceptes aplacado esta oblación de nuestra servidumbre, y la de toda tu familia; y dispongas nuestros días en tu paz; y nos libres de la condenación eterna; y mandes contarnos en la grey de tus elegidos. Por Cristo, nuestro Señor. Amén."

Fijaos en la separación inconfundible entre la ofrenda del sacerdote del sacrificio incruento hecho por virtud de su poder sacerdotal, y la ofrenda de oraciones y sacrificios personales del pueblo en unión con el Sacrificio del Altar: "de nuestra servidumbre, y la de toda tu familia."

Aunque es verdad que los fieles ofrecen la Víctima Divina, debe quedar claro en qué sentido hacen la ofrenda. En su "De Sacro Altaris Mysterio" (III, 6) el Papa Inocente III escribió: "Lo que en particular se cumple por el ministerio de los sacerdotes, universalmente es cumplido por el voto asentimiento de los fieles." Y por esta razón y únicamente por esta razón, la Iglesia ha compuesto esta oración de este modo.

LA ORACIÓN SUSTITUTIVA DEL NOVUS ORDO

"Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa, ordena en tu paz nuestros días, líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos." (Por Cristo nuestro Señor. Amén.)

Esta mala traducción de la oración hace borrosa la línea que distingue al sacerdote de los laicos. ¡Faltan las palabras críticas "**de nuestra servidumbre**" (servitutis nostrae)! Ahora se lee: "Padre, acepta esta ofrenda **de tus siervos y de toda tu familia.**" Y en esto se implica fuertemente la noción protestante del "sacerdocio común" de todos los bautizados sin distinción. Parece en esta oración de la misa nueva que todo el mundo hace la misma cosa en exactamente la misma forma, y ¡que no hay diferencia alguna entre el papel del sacerdote (o ministro) de pie donde la mesa allá adelante y el papel de los fieles en el banco!

¿Qué tendría que decir Inocencio III de esto?

En la misa tridentina la oración continua: "La cual oblación te suplicamos, ¡oh Dios!, te dignes hacerla en todo bendita +, aprobada +, confirmada +, razonable, y aceptable, a fin de que se haga para nosotros Cuerpo + y Sangre + de tu dilectísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo."

La forma nueva de la oración es la siguiente: "Bendice y acepta, oh Padre!, esta ofrenda haciéndola espiritual, para que sea Cuerpo y Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo, nuestro Señor."

De esta oración se eliminan las cinco señales de la cruz hechas por el sacerdote después de las palabras "bendita," "aprobada," "confirmada," "Cuerpo," y "Sangre." Estas no son bendiciones simplemente, sino son **signos demostrativos** del sacrificio de la cruz y de su Víctima. Estas señales modifican la oblación, califican la ofrenda, haciendo perfectamente claro que esta ofrenda sí que es la misma ofrenda hecha hace

dos mil años por la misma Víctima, Jesucristo.

"Ratum" y "rationabilem" se relacionan con la palabra "ratificar," o sea, hacer válido por aprobación. El sacerdote Le pide a Dios que apruebe el sacrificio a punto de llegar, que lo haga válido, en una palabra, **que efectúe la transubstanciación.** Ya sabemos que los protestantes tienen un problema serio con la noción católica de la transubstanciación, ¡pero no tienen problema alguno con aceptar esta oración como queda ahora en el Novus Ordo! Y además, los nuevos textos se refieren a la oblación como "**espiritual,**" sea lo que sea que signifique eso. Cierto que es capaz de una interpretación católica, pero le falta la claridad de la oración tridentina. ¡Si ha de tener lugar la transubstanciación, hay que esforzar la imaginación mucho para percibirla! Lo que **sí presenta** el rito nuevo es una ofrenda "**espiritual.**" ¿Apoya esta construcción la doctrina católica de la Verdadera Presencia? Eso depende de lo que se quiere decir con una ofrenda "**espiritual.**"

En la misa tridentina, hemos visto que las doctrinas católicas están plenamente desarrolladas por el habla, las rúbricas que expresan el contenido de las palabras, y símbolos, todos los cuales fomentan y profesan tales doctrinas como el sacrificio de la cruz; no un sacrificio nuevo, sino el mismo sacrificio ofrecido por Nuestro Señor para nuestra redención; que el Víctima es el mismo, Jesucristo. Baja sobre nuestro altar con una presencia verdaderamente corporal bajo las apariencias de pan y vino, y se Le ofrece a Su Padre todopoderoso por el sacerdote en su capacidad especial representándole a Cristo el Sumo sacerdote eterno en virtud del carácter sacerdotal que se le ha transmitido y que él solo tiene el poder de transubstanciar.

Todo esto está indiscutiblemente claro.

En vista de esto es cierto que cuando el sacerdote dice, "a fin de que se haga para nosotros," se supone el poder sacerdotal de transubstanciar; cuando dice, "el Cuerpo y la Sangre de Tu Hijo dilectísimo," se quiere decir una presencia verdaderamente corporal y substancial.

Esto, pues, es el significado claro comprendido a la luz de lo que se ha afirmado antes que estas palabras en la misa tridentina.

Sin embargo, como hemos visto, el Novus Ordo tiende a negar la claridad sobre la doctrinas católicas y en vez de esto ¡recurre a la ambigüedad y la supresión!

Esta actitud llega a ser un asunto serio en él que antes que profesar el rito tradicional católico el cual está "**puro de todo error, que nada se contiene en él que no sepa sobremanera a cierta santidad y piedad**" (Concilio de Trento), se adopta un rito ambiguo, capaz de muchas interpretaciones, el cual puede usarse por todo grupo cristiano y comprenderse por cada uno a su propia manera peculiar.

Al eliminar ciertas palabras y al suprimir rúbricas y símbolos, consigue suprimir doctrinas católicas sobre la naturaleza de la misa; la Presencia Verdadera, el poder del sacerdote "de actuar en la Persona de Cristo" y transubstanciar, y la posición única del sacerdocio sacerdotal como distinto del "sacerdocio común" de los laicos y superior a él. "Para que sea Cuerpo y Sangre de...Jesucristo" implica ahora "el cuerpo y la sangre de Jesucristo" *por la fe* y no por el ministerio del sacerdote, insinuado en un sentido únicamente espiritual, conseguido no por la transubstanciación, sino más bien por el sentido de la presencia espiritual de Cristo en los fieles, mencionado en el Evangelio de S. Mateo (18:20): "Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo

en medio de ellos."

Este último concepto es de la teología protestante, y cuando se juntan todas las piezas de la misa nueva, las innovaciones y sus implicaciones, es fácil entender cómo un protestante puede percibir sus propias doctrinas en estas oraciones de la misa nueva. Este rito nuevo confeccionado por los "reformadores" nuevos con la ayuda de seis **expertos** protestantes es intencionalmente ambiguo, hipócrita, ecuménico y por una omisión calculada, es capaz de satisfacer "aun al protestante más modernista," como acusó el Cardinal Ottaviani. ¡Ha llegado la hora de despertarse para esos católicos demasiado confiados, paralizados por el pensamiento que estos cambios y mutilaciones se fomentan por preladados de alto rango de la "Iglesia nueva," y sometidos a una falsa sensación de "obediencia!" ¡Despertad y considerad los hechos y las pruebas!

Ahora llegamos al momento más solemne de la misa, la Consagración. En la misa tridentina, el sacerdote, obediente al mandato de Nuestro Señor, **reconstruye** la Ultima Cena con esta oración: "El cual, el día antes de su pasión, tomó el pan en sus santas y venerables manos, y elevados los ojos al cielo, a Ti, Dios, Padre suyo omnipotente, dándote gracias, lo bendijo +, lo partió, y lo dio a sus discípulos, diciendo: `Tomad y comed todos de él, [y ahora, el sacerdote interrumpe la oración, se inclina sobre la Hostia, y en voz baja y en la Persona de Jesucristo Mismo, dice con suma reverencia y solemnidad] Porque éste es mi Cuerpo".

En el Novus Ordo Missae esta oración se traduce como sigue: "El cual, la víspera de su Pasión, tomó pan en sus santas y venerables manos, y, elevando los ojos al cielo, hacia ti, Dios, Padre suyo todopoderoso, dando gracias te bendijo, lo partió, y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros."

Lo más probable es que si preguntáramos a esos católicos complacientes a quienes no les importa de lo que se trata la misa y quienes van solamente porque se espera que vayan, si haya alguna diferencia entre las dos, probablemente respondería sin duda que no hay ninguna. Y esto es exactamente de lo que dependen los innovadores: que no se vea ninguna diferencia. Pero la diferencia es muy profunda. Está allí para que se vea si tan sólo se tomara el tiempo de verla. De hecho, hay mucho que descubrir por comparación.

La primera cosa de todas es que en la misa tridentina **se usa una manera eucarística de hablar doble**. Con esto queremos decir que por un lado está **la narración** de los hechos que rodean la Ultima Cena, y por otro, **la acción misma de sacrificio**. En la misa nueva **se usa una sola manera eucarística: _el relato!** La Instrucción General sobre la Liturgia Nueva hasta la titula "El Relato de la Institución."

Esta diferencia es muy significativa. En la misa tridentina, la narración llega a un alto para que tenga lugar una **acción**, y esa acción es la Consagración. Las oraciones de la narración paran, entonces el sacerdote, inclinándose sobre la Hostia, y en voz baja dice, "Porque este es Mi Cuerpo." **¿Por qué** mandó la Iglesia esta doble manera de hablar en las palabras de la consagración? La razón es de primerísima importancia.

En la Iglesia Católica, Jesucristo Mismo consagra. Cada misa es una *re*-presentación de la pasión y muerte de Cristo de forma incruenta. El sacrificio es el mismo, y el Sumo sacerdote es el mismo Jesucristo.

Todo esto se profesa vivamente en la misa tridentina por la manera y el contexto en que se presenta la consagración, y en obediencia directa al mandato de Cristo, "**Haz esto en memoria Mía.**"

"Contexto" viene del latín "con" que significa "junto," y "texere" que significa "tejer." "Contexto" significa, pues, aquellas partes de una frase, párrafo, etc., que "contején" (o entretején) el significado de alguna parte determinada. Por lo tanto, para comprender el significado de algo, hemos de explicar su "contexto," o sea, hemos de saber lo que viene antes y después.

Un examen minucioso del "contexto" en él que se coloca la consagración de la nueva misa demuestra que se desea un significado totalmente distinto y no católico.

En la misa nueva no se da ninguna interrupción del relato; la oración entera se hace **¡como una narración!** Esta tiene la distinción singular de que la prefieren los protestantes, ya que indica el **relato de la Ultima Cena como un acontecimiento pasado** más bien que una acción de sacrificio del sacerdote, quien hace que el Calvario esté presente aquí y ahora.

En la misa nueva, el sacerdote no separa deliberadamente las oraciones preliminares de las palabras de consagración por una inclinación sobre los elementos ni por recitar las palabras de Institución **en un tono de voz baja y solemne**; en vez de esto, continua en voz alta, contando la historia de lo que hizo y dijo Cristo durante la Ultima Cena. A menos que el sacerdote improvise de su propia piedad, ¡no hay ni siquiera una pista de que él, el sacerdote, esté haciendo algo más que **¡contándonos un cuento!**

Un protestante convencido no tendría ningún problema con esta idea de solamente recordar la historia de la Ultima Cena, ya que el protestantismo sostiene que la misa no es más que un servicio de comunión, un servicio memorial de la Cena. ¡Pero tal cosa es la misma que ha condenado la Iglesia católica! El Concilio de Trento era bastante claro sobre este asunto: "Si alguien dijere que el rito de la Iglesia Romana debiera condenarse, ordenando que alguna parte del canon y las palabras de consagración se reciten en tono de voz baja, sea anatema."

Pero, **¿por qué** definió la Iglesia específicamente que estas palabras en particular habían de recitarse en tono de voz baja?

Ya se ha establecido que el sacerdote actúa en la Persona de Cristo y consagra; esta ha sido siempre la doctrina de la Iglesia. Lutero, sin embargo, proclamó que el sacerdote no estaba en condiciones de cumplir el mandato de Cristo, "**Haz esto en memoria Mía.**" Insistía en que la doctrina católica hizo mecánico y mágico al sacramento. Dijo que el sacerdote no "Le fabrica a Dios," no Le "sacrifica a Cristo." Lo juzgó necesario hacer que las palabras de consagración se recitasen en voz alta y en forma narrativa. Esto, para él, demostraría claramente que lo que ahora tomaba lugar era estrictamente un "memorial de la Ultima Cena" y no algún acto mágico de Sacrificio y transubstanciación.

No es de extrañar que esta referencia de los herejes a la misa tradicional católica como mágica, con el tiempo fomentara aquella fórmula mágica tan conocida, "**hocus pocus**" (=abracadabra) como una burla corrompida de las palabras latinas en la forma de la consagración: "**¡Hoc est enim Corpus meum!**"

Si mirases en tu misal latino, te fijarías en que las palabras correctas de consagración

son "Hoc est enim Corpus Meum." "Porque éste es Mi Cuerpo." En la misa nueva son, "Hoc est Corpus Meum." "Este es Mi Cuerpo." El punto de interés aquí es que la conjunción latina "**enim**" no se traduce.

Se puede hacer la pregunta que si esto tiene trascendencia alguna, y la contestación es "absolutamente que sí." La palabra "**enim**" significa "**porque**," pero en el latín esto no es un simple "porque," sino que es un "porque" muy específico. En el uso, conlleva la fuerza de "porque ciertamente," "porque verdaderamente," "porque en efecto," y en la misa tridentina se da énfasis a la realidad de la presencia de Cristo; el significado es "¡ciertamente," "verdaderamente," y "en efecto" esto es el Cuerpo de Cristo! Y además, las rúbricas de la misa mandan que el sacerdote haga genuflexión como un acto de fe y de adoración a Cristo entero verdaderamente presente sobre el altar, no una vez, sino dos: inmediatamente después de las palabras de consagración pero antes de elevar la Hostia hacia el cielo, y otra vez inmediatamente después de que la Hostia se vuelve a poner sobre el altar. En la misa nueva, una sola genuflexión, siguiendo la narración entera, elevación y reposición, sustituye las dos de la misa tridentina.

Esta supresión puede afirmar, en su propia forma disfrazada, pero efectivamente, que las palabras de consagración no han producido ningún cambio y que aquello que se acaba de elevar hacia Dios Padre es simplemente pan--hasta que el pueblo haya ratificado lo que el sacerdote ha hecho sobre la mesa **en su nombre (en nombre del pueblo)**.

Ahora bien, se puede argüir que el sacerdote en efecto hace genuflexión en la consagración de la misa nueva, pero lo hace sólo **después de** que termine la narrativa entera. Eso es, rinde reverencia a la hostia, ciertamente no inmediatamente después de la pronunciación de las palabras de institución, sino sólo después de que haya subido la hostia para que toda la asamblea la vea. Lutero mandó lo mismo, con la idea de que sólo **después de que** la congregación haya endosado las palabras del ministro y las haya ratificado por un acto de fe propio, la hostia en efecto se hacía "para ellos" el signo del cuerpo de Cristo. El hecho de que el sacerdote no puede rendir este acto de adoración en un punto de tal importancia sí llega ser un asunto serio y no se puede pasar por alto. La seriedad de esta supresión llega a ser aún más aparente cuando se considera que la Iglesia ha mandado siempre esta genuflexión inmediatamente después de las palabras de consagración como materia de fe. Sin embargo, ¡el Novus Ordo lo suprime! Tal supresión no coincide con la doctrina católica, sino tiende a fomentar la interpretación de Lutero de las palabras, "que es entregado por vosotros." Para él significaban "este es Mi Cuerpo," en un sentido espiritual y simbólico solamente, "que es entregado por vosotros" mañana, en el Calvario. Lo que nos queda no es más que una narración de lo que dijo Cristo durante la Última Cena acerca del sacrificio que realizaría al día siguiente, haciendo del pan sólo un símbolo de Su Cuerpo que se daría en sacrificio al día siguiente.

De hecho, de entre las diez genuflexiones por lo menos contenidas en la misa tridentina, la nueva misa conserva sólo dos. Ciertamente, la supresión más significativa sería aquella que sigue inmediatamente las palabras de consagración sobre la Hostia, porque esta supresión en particular no puede ser útil a nadie excepto a aquellos que desean negar la Verdadera presencia efectuado por la transubstanciación.

En todo esto no podemos pasar por alto una inclusión muy curiosa en la narrativa del Novus Ordo, ¡una inclusión realmente curiosísima! Nos referimos a las palabras "**que se da por vosotros.**" (quod pro vobis tradetur) Las palabras se mencionan por San Pablo en su epístola a los Corintios. (I Cor. XI) Estas palabras no están incluidas en la forma tridentina, sin embargo aparecen en la misa nueva. ¿No debemos preguntar **por qué?** ¡Sobre todo cuando descubrimos que **estas palabras estaban incluidas por Martín Lutero en su "misa"** compuesta hace más de 400 años! Seguramente, si Lutero añadió estas palabras, lo hizo por alguna razón--una razón que convenía a sus propósitos heréticos, una razón que sería anticatólica. Si encontraba la capacidad de fomentar sus doctrinas con la inclusión de estas palabras, mientras que a la vez destruía las de la Iglesia católica, entonces ciertamente debemos preguntar **¿por qué?** Seguramente, los innovadores modernistas de la misa nueva inventarían alguna buena razón para imitarle a Lutero en cuanto a esto, pero sus explicaciones parecerían ser nada más que disculpas a la luz del número abrumador de tales casos en los que siguieron la iniciativa de Lutero al mutilar la misa.

Para eliminar la idea de un sacerdote sacrificador que podía cambiar las sustancias del pan y el vino al Cuerpo y a la Sangre de Cristo y renovar el sacrificio de la cruz, Lutero cambió el énfasis de sacrificio a una "comida memorial." Lo hizo por varios medios--la inclusión de estas palabras ("que se ofrecerá por vosotros") en la narrativa sobre el pan es uno de ellos.

Como hemos visto, la primera cosa que se logra es la supresión de la genuflexión, de significado tan profundo, después de las palabras de institución. Después de pronunciar estas palabras, el sacerdote no puede demostrar un acto de adoración a Cristo inmediatamente presente en la Hostia. No puede porque tiene más que decir y esto, claro, es "que se da por vosotros."

Se puede argüir perfectamente que estas palabras deben ser ortodoxas, ya que están escritas por San Pablo. Sí, ciertamente en sí son totalmente ortodoxas, pero en el contexto de la nueva misa toman un significado distinto. En el relato de S. Pablo en 1ª de Corintios, el apóstol explícitamente contaba la historia de un acontecimiento **pasado**--exactamente como lo consideraba Lutero. El traspaso de esta noción a la misa, cuya finalidad es él de hacer **presente** de nuevo a ese acontecimiento pasado, amenaza cambiar la misa a exactamente lo que Lutero pretendía que debía ser: un simple recuerdo de algo que pasó hace mucho tiempo y en un sitio muy lejano. Esta interpretación segurísimamente cambia el énfasis de un sacrificio que se renueva aquí y ahora a un "memorial" de lo que Cristo dijo e hizo durante la Última Cena. La acusación se justifica aún más por el hecho de que la misa nueva impone una "nueva fórmula de consagración," siguiendo la innovación de Lutero. Lutero introducía novedades cuando alteraba las palabras de consagración; siempre utilizando una "base bíblica" a la que mostraba parcialidad cuando confeccionaba sus principios heréticos, utilizó las palabras de San Pablo (1ª Cor. 11:24) para su fórmula de "consagración." Sin embargo, la fórmula utilizado por la Iglesia es **anterior a las Escrituras**. O sea, es anterior al escribir del Nuevo Testamento. Fue recibido por los Apóstoles de Cristo mismo y luego fue transmitido a sus sucesores. El Papa Inocencio III, en una carta a Juan de Lyón con fecha de 29 de noviembre, 1202, afirma explícitamente: "Creemos, por lo tanto, **que los**

apóstoles recibieron la fórmula de palabras como se encuentran en el canon de Cristo, y las transmitieron a sus sucesores." (Denzinger, no. 415) El Canon de la misa tridentina nos viene de la tradición apostólica, que por su parte es más antigua que las Escrituras.

Es importante recordar que esta "**fórmula de palabras,**" dicha por Inocente III es la que se encuentra en la misa tridentina y no la que se encuentra en el Novus Ordo. El Novus Ordo utiliza la fórmula preferida por Lutero, quien seleccionó su fórmula basada en el principio erróneo de "sola scriptura" --que solamente las escrituras pueden contarles a los hombres la revelación de Dios y las enseñanzas de Cristo, y que le concierne a cada hombre determinar lo que las escrituras significan en realidad.

Sabemos que Nuestro Señor sufrió y murió cerca del año 33 d.C. También sabemos que el primer libro del Nuevo Testamento, el Evangelio de San Mateo, se escribió cerca del año 50 d.C. ¿Hemos de creer que los primeros cristianos no hicieron nada hasta que San Mateo les dio la guía para formar su Iglesia? Sabemos también que San Pablo escribió su primera epístola a los Corintios cerca del año 57 d.C. ¿Hemos de creer que los cristianos primitivos tenían que esperar otros siete años antes de que San Pablo les instruyese sobre cómo decir la misa?

La verdad de este asunto es que ¡no hicieron tal cosa! La Iglesia ya contaba con su existencia dos décadas antes de que se escribiera el mismo primer libro del Nuevo Testamento. Dos generaciones de cristianos se habían criado antes de escribirse el último libro del Nuevo Testamento. Y el sacrificio de la misa se celebraba ya 24 años antes de la primera carta de San Pablo a los Corintios. Y ¿qué era lo que guiaba a la Iglesia naciente de Cristo? La tradición apostólica.

Resumamos lo que acabamos de descubrir. Hemos visto que la misa nueva rompe con la tradición apostólica sobre la fórmula de consagración y vuelve a "la fórmula bíblica" de Lutero, y que Lutero, como todos los protestantes, prefería esta fórmula porque subraya más el **relato** de la última cena (como un memorial) que como la **acción de sacrificio** del sacerdocio católico.

El Novus Ordo rompe con la práctica inmemorial de la Iglesia y reduce lo que en la misa tradicional eran las palabras de la consagración, una acción sacramental y de sacrificio, a un simple "relato de la institución" --un cuento sobre los acontecimientos de la última cena. Esto logra dos cosas: primero, al celebrante se le obliga a decir las palabras "Esto es Mi Cuerpo" en el tono narrativo de un memorial y no en el tono afirmativo de quien efectúa una acción personal; también da a entender que las palabras preliminares: "Tomad y comed todos de Él" pertenecen a la fórmula de consagración. Por esta innovación sin precedente, el aspecto de comida (acción de comer) se coloca sobre el mismo nivel que el aspecto de sacrificio. Una parte íntegra (comer) se confunde con la parte esencial (sacrificar). Esta innovación se inclina fuertemente hacia la comprensión de las palabras de la consagración en un sentido simbólico y la supresión del aspecto de sacrificio de la misa a favor de una simple "comida memorial."

Al suprimir las genuflexiones después de la recitación de la fórmula, como lo hace el Novus Ordo, la noción de la presencia real se erosiona en la mente de los fieles, y muy gravemente, la adición de las palabras "que se da por vosotros" constituye una forma nueva, jamás usada antes, un cambio en la mismísima forma del sacramento de la

Sagrada Eucaristía! Tales innovaciones, en el clima ecuménico de hoy en día, enseguida fomentan la idea de "cena" o "comida" para suplantar la realidad de la misa.

(Vol. XIV, No. 3, 1992; pp. 44-48)

Acabamos de tratar de la consagración del pan, un campo que la mayoría de los católicos excesivamente confiados piensan que no se ha cambiado. Y sin embargo, después de un examen cuidadoso, hemos descubierto mucho.

Ahora, examinaremos la consagración del vino, un campo donde hasta el católico más indiferente no puede por más de ver lo que la han hecho los innovadores.

En la misa tridentina, la consagración del vino empieza así: "De igual modo, después de cenar, tomando también este precioso Cáliz en sus santas y venerables manos, dándote igualmente gracias a Ti, lo bendijo, y lo dio a sus discípulos, diciendo: `Tomad y bebed todos de él. [Y ahora el sacerdote interrumpe la oración, se inclina sobre el cáliz, y continuando en voz baja, hablando en la Persona de Cristo, dice:] Porque éste es el Cáliz de mi Sangre, del nuevo y eterno Testamento: el Misterio de la fe, la cual será derramada por vosotros y por muchos, para remisión de los pecados. Cuantas veces hicieris esto, lo haréis en memoria Mía.'"

NOVUS ORDO

La fórmula consagratória de arriba se ha cambiado radicalmente en la misa nueva:

"Del mismo modo, acabada la cena, tomó este cáliz glorioso en sus santas y venerables manos, dando gracias te bendijo, y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía."

La innovación más obvia y quizás la más atrevida se ve en el cambio de las mismísimas palabras de Nuestro Señor mismo de "que será derramada **por vosotros y por muchos**" (latín **pro multis**) a "será derramada **por vosotros y por todos**" (latín **pro omnibus**).

Para comprender la gravedad de tal innovación, estaría bien recordar la enseñanza exacta de la Iglesia sobre la administración válida de los sacramentos. Para confeccionar los sacramentos válidamente, el ministro ha de tener la materia correcta, utilizar la forma correcta, y tener la intención ministerial propia. Si faltara cualquiera de estas tres condiciones, los sacramentos son nulos. Por lo tanto, cualquier cambio significativo que se hace, si toca la materia, la forma, o la intención, levanta dudas serias de que si se confiere la gracia por las acciones del ministro de los sacramentos.

Si examinamos el sacramento del bautismo a la luz de lo que enseña la Iglesia, entonces se puede comprender más fácilmente.

En el bautismo, la "forma" como la enseña la Iglesia es: "Yo te bautizo en el Nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo." La "materia" del bautismo es **agua** y **solamente agua**. Por lo tanto, en cualquier bautismo intentado con una forma distinta de la dicha o por usar cualquier otro elemento que no fuera agua, el sacramento sería nulo.

Y en cuanto a la "intención propia," es suficiente decir que el ministro del sacramento ha de pensar hacer lo que la Iglesia hace. Y cualquier tentativa de lograr un sacramento donde falta esta intención no es ningún sacramento.

Permitidnos demostrarlo con un ejemplo: supongamos que una persona sin bautizar te dice, "Yo no quiero ser bautizado, pero enseñame solamente como se hace." Y entonces coges agua, lo derramas sobre la cabeza de esta persona y pronuncias las palabras correctas. Es claro que no se ha efectuado ningún bautismo, por supuesto, gracias a la falta de intención. Diremos más sobre esto más adelante.

Pero ahora vamos a arrojar esta luz sobre el sacramento de la Sagrada Eucaristía. La Iglesia ha definido que la materia, o sea, la sustancia de la Sagrada Eucaristía, es pan de trigo sin levadura y vino de uvas. Utilizar cualquier otra cosa en la celebración de la misa anula el sacramento. Y así es que los asuntos más locos del Novus Ordo donde se ostentan coca-cola y panecillos de hamburguesas ciertamente no son misas, y obviamente no lo son a causa de un **defecto de materia**.

La forma de la Sagrada Eucaristía son las palabras, "Porque éste es mi Cuerpo," y "Porque éste es el Cáliz de mi Sangre, del nuevo y eterno Testamento, el Misterio de la fe, que será derramada por vosotros y por muchos para remisión de los pecados." Y he aquí él por qué de la controversia.

La Iglesia enseña que el sacramento de la Santa Eucaristía fue instituido por Cristo específicamente en cuanto a su materia y forma, y todos los teólogos están de acuerdo con esto, que en la Última Cena, Nuestro Señor mismo especificó las palabras de la forma y desde entonces no quedó nada que determinar sobre esta cuestión. El Concilio de Trento afirma: "de esta forma nadie puede dudar." Estas palabras eran las palabras de Cristo mismo, ¡y ningún hombre, ningún grupo de hombres, ni siquiera la raza humana entera, puede interpolarlas!

Se puede plantear una objeción que pregunta: "¿No tiene el Papa la autoridad de alterar la forma y la materia de los sacramentos?"

Durante siglos los Papas siempre han enseñado que en cuanto se concierne las partes esenciales de los sacramentos, o sea, su materia y forma, **¡no tienen poder alguno para cambiarlas!** Claro, pueden alterar las ceremonias que rodean las partes esenciales, **pero no pueden cambiar lo que Cristo mismo ha enseñado y mandado específicamente** en cuanto a los sacramentos. Se pueden encontrar cuatro declaraciones claras que apoyan este argumento, y nos beneficiaría mucho atender a la fuerza del lenguaje usado.

La carta del Papa Clemente VI, **Super quibusdam**, del 29 de septiembre, 1351, afirmó que "...el Romano Pontífice puede acerca de la administración de los sacramentos de la Iglesia, **salvo siempre lo que es de la integridad y de la necesidad de los sacramentos** tolerar los diversos ritos de las Iglesias de Cristo y también conceder que se guarden."

Doscientos años más tarde, el Concilio de Trento declaró que la Iglesia puede cambiar lo que juzgue más expediente para el beneficio de aquellos que reciben los sacramentos, o para infundir una veneración mayor hacia los sacramentos **sin violar su sustancia**. (Concilio de Trento, sesión XXI, capítulo 2)

El Papa San Pío X, en su carta **Ex quo nono**, escribió claramente, "...es cosa averiguada que la Iglesia no le compete **derecho alguno de innovar nada acerca de la sustancia misma de los sacramentos...**"

Y tan tarde como 1947, el Papa Pío XII, en su Constitución Apostólica, **Sacramentum ordinis**, reitera y clarifica este mismo principio: "...según la doctrina del Concilio de Trento, los siete sacramentos de la nueva Ley han sido instituidos por Jesucristo nuestro Señor y **ningún poder compete a la Iglesia sobre la sustancia de los sacramentos**, es decir, sobre aquellas cosas, conforme al testimonio de las fuentes de la revelación, Cristo Señor estatuyó debían ser observadas en el signo sacramental."

Nos incumbe a todos prestar atención en particular a la fuerza y claridad del lenguaje de San Pío X y de Pío XII. San Pío X afirma enfáticamente que no le pertenece a la Iglesia **"derecho alguno"** de cambiar la materia o la forma de los sacramentos, y Pío XII declara terminantemente, **"ningún poder compete a la Iglesia sobre la sustancia de los sacramentos."**

Y estas "fuentes de revelación divina" se cumplen innegablemente en los Evangelios de ambos San Mateo (26:28) y San Marcos (14:24) donde las palabras "para muchos" ¡se demuestran claramente ser las palabras de Cristo!

Algunos dicen que "para muchos" y "para todos" no tienen nada que ver con las palabras esenciales que son simplemente "Este es el cáliz de mi Sangre." Así, cualquier alteración en palabras tan periféricas no afectaría la validez de la fórmula esencial. Pero el mismo significado de las palabras "este es el cáliz de mi Sangre" tienen que comprenderse en el contexto en que se pronuncian. El Papa León XIII estableció este punto acerca de la forma sacramental de las Santas Ordenes en su Constitución Apostólica **Apostolicae curae**. Por ejemplo, ciertamente yo no podía consagrar la Sangre Preciosa al pronunciar las palabras: "este es el cáliz de mi sangre--que cayó de Marte mañana." Aunque pronuncié las palabras que de otra manera constituyen la forma esencial para una consagración válida, mi adición disparatada afecta el significado de las palabras y las califica de manera que se destruye cualquier significado sacramental. Tanto más cuanto calificó la forma esencial con expresiones heréticas. Sto. Tomás de Aquino propone el caso de un sacerdote que puede bautizar con la fórmula: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo--y de la Bienaventurada Virgen María." El doctor angélico dice que el bautismo sería válido si el sacerdote añadió las palabras por una devoción indiscreta pero sin significado herético. Por otro lado, si el sacerdote quería decir por su adición que la Bienaventurada Virgen María es una cuarta Persona Divina, entonces el bautismo sería inválido porque las palabras esenciales se estropearon por la frase adicional: "y de la Bienaventurada Virgen María."

Cambiar estas palabras de Cristo, "para vosotros y para muchos," a "para vosotros y para todos" ¡sí constituye un **cambio del significado de la forma!** Esto es un asunto serio y no es para encogerse de hombros con indiferencia y despreocupación. En los sacramentos la forma es lo que expresa la Voluntad de Cristo, y precisamente por esto no tiene nadie el poder de cambiar la finalidad o el fin que Cristo dispone. ¡Ningún sacerdote, obispo, concilio o Papa! Ni siquiera toda la raza humana colectivamente puede osar ajar el propósito o el fin que Cristo Mismo quiere de un sacramento.

Pero el "ecumenista" sin duda desafiaría: "¿No vino Cristo para salvar **a todos?**" Y ciertamente ¡tenemos que estar de acuerdo! Claro que Nuestro Señor sufrió y murió para que las puertas del cielo se abrieran **a todos**, y que mereció suficientes gracias para que **todos** fueran a la felicidad eterna con Él al mundo que ha de venir. Pero, **¿todos** le

seguirían? ¿**Todos** irían finalmente al cielo?

No necesitamos entrar en las muchas veces que Nuestro Señor explicó que a los pecadores se les castigarían y las muchas veces que habló del "fuego eterno" que esperaba al réprobo, pero lo que se necesita aquí y ahora es darnos cuenta que ciertamente sabía que **no todos** le aceptarían a El ni a Sus condiciones, y que **no todos** irían al cielo.

Por lo tanto, lo que hemos de emprender ahora es una investigación de la Voluntad de Cristo en el sacramento de la Sagrada Eucaristía. Tenemos que llegar a una comprensión de lo que era Su intención principal al instituir este sacramento, lo que se proponía, lo que quería conseguir.

La Iglesia nos dice que en la Sagrada Eucaristía, la Voluntad de Cristo es doble. El Concilio de Trento explica: "Hemos de confesar que el Redentor **derramó Su Sangre por la salvación de todos; pero si contemplamos el fruto que recibió el hombre de él, fácilmente encontramos que no pertenece a todos, sino a muchos de la raza humana.**" El Concilio de Trento concluyó: "Con razón, por tanto, las palabras "**para todos**" **no se usaron**, ya que **sólo a los elegidos** trajo Su Pasión el fruto de la salvación. Y este es el propósito del Apóstol cuando dice, `Cristo se ofreció una vez para agotar los pecados de **muchos**,´y también las palabras de Nuestro Señor en Juan: `No pido **por el mundo, sino por aquellos quienes me has dado a Mí, porque ellos son Tuyos.**´"

Por esta explicación de ese santo concilio comprobamos que hay dos campos que considerar: primero, la Pasión de Cristo, o sea, el mismo hecho de la redención; y segundo, los frutos de la pasión, o la aplicación de los méritos ganados por Su Pasión.

Es sumamente importante que tengamos más que una comprensión superficial de estas cuestiones si vamos a darnos cuenta de por qué en este sacramento la Iglesia enseña la doble Voluntad de Cristo.

Es ciertísimo que Nuestro Señor Mismo tenía el deseo de que **todos aprovecharan Su Sacrificio, que todos se beneficiaran de los frutos de la Redención.** Este deseo abraza a **todos los hombres**, así que los méritos de la Pasión **son disponibles a todos.** A esto se le puede llamar la "voluntad antecedente" de Cristo, o quizás, un termino mejor sería "la primera voluntad" de Cristo en la Sagrada Eucaristía. Hay numerosos pasajes bíblicos que se refieren a ello: 1ª Tim 1:15 -- 11:14 [Esto seguramente es un error--la traductora]; Romanos 8:32; y 1ª Juan 2:2.

Sin embargo, se ha de tomar en cuenta el libre albedrío del hombre que se puede ejercitar para aceptar o rechazar los frutos de la redención, y el hecho de que Cristo como Dios sabía que **aunque el sacrificio de la cruz es universal, ¡la redención conseguida no es universal!** Hubo, pues, una "voluntad consecuente" que los frutos de la redención no correspondan a aquellos que libremente las rechazan.

Está en esta "voluntad consecuente" de Cristo donde encontramos el propósito, la razón, y el fin por el cual instituyó la Sagrada Eucaristía: **aplicar los frutos de la Pasión a aquellos quienes sacarían provecho de ella.** Y para conseguir este fin, para realizar esta "voluntad consecuente," Cristo escogió como medio hacerse verdaderamente presente en las Sagradas Especies, cumpliendo Su promesa, "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguien come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que Yo daré es Mi Carne para la vida del mundo." (San Juan 6).

En la Última Cena, pues, los apóstoles se dieron cuenta plenamente y exactamente de lo que Cristo instituía cuando dijo, "porque éste es Mi Cuerpo" y "porque ésta es Mi Sangre." Era entonces cuando comprendieron plenamente estas palabras inolvidables que habían dejado perplejos a los judíos más de un año antes: "En verdad, en verdad, os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna." Los judíos habían dicho, "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?" Ahora, los apóstoles comprendieron que era **en este sacramento** bajo las apariencias de pan y vino que Cristo cumpliría su promesa, y no hubo duda en sus mentes de que éste iba a ser el efecto que Cristo dispuso de este sacramento. Y este efecto es doble: que Cristo está **presente verdaderamente y corporalmente** en la Sagrada Eucaristía, y que aquellos que coman dignamente de su carne y beban su sangre en este sacramento **sí que aprovechan los frutos de su pasión** para la vida eterna. En la Santa Eucaristía, pues, se ve que hay un efecto doble: el efecto de la presencia divina y el efecto de la aplicación ("res sacramenti")--y es la forma del sacramento lo que significa el efecto.

En la forma tridentina, se expresa claramente la voluntad exacta de Cristo de estar presente verdaderamente y corporalmente y de aplicar los frutos de su acto redentor a los que los aceptarían. Cualquier cambio de esta forma falsifica la voluntad de Cristo al instituir el sacramento, y por este mismo hecho, una misa celebrada con tal cambio sería de dudosa validez. ¡Un asunto ciertamente gravísimo, que no debe pasarse por alto ligeramente, sino debe tomarse en serio!

Es interesante fijarse en que hasta los reformadores, quienes gustaban de revisar la biblia para ajustarla a sus necesidades, rechazando varios libros como hicieron y distorsionando los pasajes de otros, ¡también aceptaron las palabras de Cristo, "para vosotros y para muchos!"

No fue hasta después del Concilio Vaticano II que los ecumenistas determinaron que estas palabras ya no eran aceptables. Lo único que las hace no aceptables es que la palabra "muchos" no ayuda al "ecumenismo" y por lo tanto la cambiaron. Al hacerlo así, demostraron un atrevimiento visto tan sólo en aquellos que desean ser heresiarcas. Han osado distorsionar, para sus propios propósitos engañosos, **las mismísimas palabras de Cristo Mismo** al instituir este Santísimo Sacramento.

Así es la seriedad del asunto, y es hora de que se reconozca como tal. El cambio de la palabra "muchos" a "todos" en esta doctrina importantísima puede tener un efecto devastador sobre aquellas pobres almas que lo interpretarán como que significa que todos irán al cielo--todos, sin miramientos de que si creen en Cristo o no, y sin tomar en cuenta la clase de vida que llevan. Y esto, claro, está de acuerdo con la "actitud ecuménica" tan popular hoy en día que "una religión es tan buena como la otra."

Antes de dejar este asunto en particular, hay que estudiar un reparo importante, pues surge inevitablemente en las disputas entre los católicos "de ideas tradicionales" y los partidarios de las "reformas." Esta objeción trata del hecho de que las palabras esenciales de la forma son "Esta es mi sangre." Estas son las palabras que causan el efecto. Por lo tanto, un cambio en la segunda parte de la consagración del vino, como el cambio de "muchos" a "todos" no puede tener nada que ver con la validez del efecto, ya que las palabras esenciales se han conservado.

Debemos saber que hay dos escuelas de pensamiento teológico sobre cuáles palabras exactamente efectúan válidamente la consagración del vino a la Sangre Preciosísima de Cristo. Algunos teólogos han mantenido que todas las palabras son necesarias para la validez, mientras otros han enseñado que serían suficientes únicamente las primeras palabras, "Porque éste es el cáliz de Mi Sangre." Sin embargo, y esto es importante, aunque variaban en cuanto a la necesidad de todas las palabras para la consagración válida, están de acuerdo totalmente de que ¡todas las palabras ciertamente pertenecen a la sustancia! Incluso aquellos teólogos que mantenían que sólo las primeras palabras eran necesarias para la consagración válida, admiten sin embargo que las palabras que siguen eran necesarias para la integridad de la forma.

Pues, ¿dónde se sitúa la Iglesia con relación a este asunto? Todavía no ha definido que palabras son absolutamente esenciales para consagrar el vino, porque si lo hubiera hecho, no habría controversia alguna. A pesar de ello, hay **fuertes indicaciones** de su parecer, como se puede encontrar en el Decreto del Concilio de Florencia y en el capítulo quinto de "De defectibus", una sección del misal Romano de San Pío V, donde se pueden encontrar las rúbricas de la misa y lo que un sacerdote debe hacer para remediar varios problemas que puedan surgir durante el ofrecimiento de la misa.

En éste, las palabras de consagración se afirman ser **el pasaje entero** desde "Hic est enim calix sanguinis mei" hasta "remissionem peccatorum."

(Vol. XIV, N° 4, 1992, pp. 14-18)

Como católicos hemos de comprender que la validez de un sacramento no sólo depende de la "sustancia debida", la cual es su materia y forma, sino también depende de la debida intención ministerial.

Exactamente ¿qué es esta "**intención,**" y qué importancia tiene?

La Iglesia es bastante clara sobre el asunto de intención ministerial: para administrar válidamente, ¡el ministro ha de tener la intención **de hacer lo que la iglesia hace!** Así que, según el magisterio infalible de la Iglesia, hasta un pagano, incluso un ateo, que no cree en el pecado original, puede realizar un bautismo válido si bautiza con la materia (agua) y forma debida (Te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo), y puede quitar el pecado original al tener intención **de hacer lo que hace la Iglesia.**

¿Cómo se comprende que hasta un ateo piense hacer lo que la Iglesia hace? Si cualquiera realiza cuidadosamente y precisamente el rito externo y sacramental de la Iglesia, se acepta como la primera prueba de que él piensa hacer lo que hace la Iglesia.

¿Qué tiene que ver esto con la cuestión de la consagración del vino? Resulta que muchísimo.

La forma tradicional latina para la consagración en la misa y todas las oraciones circundantes, claramente expresan el significado de que una acción sacramental se lleve a cabo aquí y ahora--que el Cuerpo y la Sangre se hacen presentes y se ofrecen por los pecados aquí y ahora, realmente sobre el altar. Esto es lo significativo de la misa; esta es la misma naturaleza de la misa. Si se quita esto, no hay misa en absoluto.

Si el sacerdote simplemente contara de nuevo los acontecimientos de la última cena, como si narrara una historia, el sentido de las palabras sería distinto. No serían sacramentales, o sea, no significarían lo que efectúan ni efectuarían lo que significan, sino tan sólo serían

anecdóticas. Para la fiesta del Corpus, los sacerdotes solían dar sermones sobre la institución de la santa eucaristía durante la última cena. A menudo desde el púlpito repetían las palabras de Cristo: "Este es mi cuerpo... Este es el cáliz de Mi Sangre." Al recitar estas palabras durante el sermón, no por eso consagraban el pan y el vino que descansaban sobre el altar. ¿Por qué? Porque, aunque eran las mismas palabras pronunciadas en el altar, no tenían significado sacramental--y el sacerdote manifiestamente no tenía ninguna intención sacramental al pronunciarlas. Simplemente contaba una historia.

Durante las conferencias en el seminario, el sacerdote que enseña la clase de teología dogmática o la teología sacramental o la liturgia o las escrituras pueda que repita las palabras de Cristo de la última cena. La sola pronunciación de las palabras, "Porque este es el cáliz de mi sangre," ciertamente no consagraría el vino que hubiera en el aula, aun cuando lo tuviera encima de la mesa delante de él. ¿Por qué? Porque simplemente contaba una historia de lo que pasó durante la última cena, y manifiestamente no tenía ninguna intención en absoluto de realizar ese acontecimiento ni el sacrificio de Calvario allí en el aula durante su clase. En resumen, simplemente presentaba la narración de la institución de la santa eucaristía.

Esto es precisamente lo que pasa en la misa nueva. Los comentarios oficiales sobre la misa nueva--las instrucciones aprobadas que la preceden en los misales nuevos, la Instrucción General sobre el Misal Romano que se publicó junto con la misa nueva -- explícitamente llaman lo que eran las palabras de la consagración, simplemente "La Narrativa de la Institución" -- o sea, la historia de lo que pasó allá entonces. Si el relato de la última cena en la misa nueva es simplemente un cuento, **no hay consagración**. Esto priva al rito de cualquier significado sacramental del todo, y la intención del sacerdote ha de juzgarse principalmente por el rito que utiliza.

¿Llega demasiado lejos este juicio? ¿Atribuimos demasiada importancia a la caracterización oficial Vaticana de las palabras de consagración de la misa nueva como simplemente un "relato de institución"? No, no llegamos demasiado lejos. Todo acerca de la misa nueva sirve para apoyar esta conclusión de que la misa nueva simplemente hace mímica de la última cena en vez de hacer el sacrificio de Calvario presente sobre el altar. Inmediatamente después de que se termine la historia de la última cena, el sacerdote exhorta a la gente: "¡Proclamémos el misterio de la fe!" ["Este es el Sacramento de nuestra fe" en la versión española.] Y ¿cuál es el misterio de la fe que proclama la misa nueva? ¿Es el mismo misterio de fe que la misa tradicional proclamaba en la consagración, o sea, la presencia real de Cristo en el santísimo sacramento? ¡Ni hablar! El misterio de la fe de la misa nueva implícitamente niega la presencia real por no hacer caso alguno de ella: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. _Ven, Se_or Jesús!" Eso es el misterio de fe del Novus Ordo--la **futura** venida de Cristo, en vez de Su presencia divina en el santo sacrificio. ¿Por qué? Porque ya no hay ningún santo sacrificio para ellos; se ha tornado en un simple "memorial del Señor," como dijo la Instrucción General en 1970.

Ya debe estar más claro que este cambio en la segunda parte de la consagración del vino ciertamente introduce un cambio serio en la forma del sacramento, y un cambio sustancial en el significado del "efecto de aplicación." Como tal, la alteración de una sola palabra no se puede tomar a lo ligero.

Jamás debemos olvidar que **es la forma del sacramento lo que expresa la voluntad de Cristo**, y que no pertenece a **nadie el poder de cambiar la forma**, sobre todo en este sacramento, que se ha dado por Cristo minuciosamente, o sea, específicamente.

Ya que, sin embargo, se ha cambiado la forma (y esto está incontestablemente claro), no hay ninguna seguridad de que el ministro hace lo que Cristo quería en este sacramento. Este cambio afecta no sólo la validez de la consagración del vino, sino también a la del pan, puesto que era **la misa entera** lo que Cristo instituyó "para vosotros y para muchos."

No puede haber duda alguna de que en la misa nueva la intención de transubstanciar y de aplicar los frutos de la redención no es clara. Esto coloca la validez de la misa nueva en una cuestión muy seria, oscilando entre dudosa y claramente inválida. Y los que han hecho esto al "**misterio de la fe**" ¡son culpables de un crimen grave contra Dios Todopoderoso y la Iglesia Católica!

Ahora bien, la Iglesia Católica resume la fuerza de su doctrina acerca de la presencia real en una palabra: transubstanciación. Es importantísimo que prestemos algo de atención a esta palabra, "transubstanciación," si vamos a comprender lo que quiere decir la Iglesia cuando dice "el misterio de la fe," y por qué la cena protestante y la misa nueva **no** son la misa católica en absoluto. Para hacerlo será necesario repetir algunas cosas.

En la frase de arriba, hemos usado la expresión "**el misterio de la fe**" con relación a la **transubstanciación** adrede, y lo hemos hecho para arrojar algo más de luz sobre otra peculiaridad del Novus Ordo Missae.

Hemos visto que Lutero y los demás reformadores hicieron muchas cosas a la misa para desviar el énfasis de una "acción de sacrificio" a una "comida memorial" en donde la "presencia espiritual de Cristo se realiza por la fe de la asamblea allí reunida y no en donde una verdadera presencia sustancial se realiza por el poder del sacerdote para transubstanciar." Y hemos visto que por muy extraño que parezca, ¡el Novus ordo ha adoptado a todas ellas! Así que no debe ser sorprendente descubrir ¡otra innovación de Lutero que el Novus ordo ha adoptado también!

Cuidando de que fuera perfectamente claro que se rechazaba y se negaba la transubstanciación, Lutero se dio cuenta de la necesidad de quitar la expresión "**el misterio de la fe**" de la fórmula de la consagración del vino.

En la fórmula tridentina, las palabras son: "Porque este es el cáliz de mi sangre, del nuevo y eterno testamento: el misterio de la fe, la cual será derramada por vosotros y por muchos, para remisión de los pecados." En el servicio de Lutero (tomado del *Libro del Culto e Himnario*, 1958), las palabras son: "Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros y por muchos, para remisión de los pecados."

Haga el favor de prestar atención en particular a que las palabras, "el misterio de la fe," ¡se han omitido!

En la misa nueva, las palabras son: "...este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados."

Se fijarán en que **aquí también**, tanto como en la versión de Lutero, las palabras, "el misterio de la fe," ¡se han omitido! ¿No hemos de preguntar **por qué**?

Cuando llegamos a darnos cuenta de que Lutero quitó estas palabras de su culto **para negar la transubstanciación**, ¿no debemos preguntar **¿por qué ha hecho lo mismo el Novus Ordo?**

Pero, claro, el católico confuso o complaciente que se ve afectado por el lío del Novus

Ordo, puede oponerse a esta frase, afirmando que la misa nueva no suprime la expresión "el misterio de la fe," ya que justo después de la consagración del vino, el sacerdote (léase: presidente de la asamblea) pide a los fieles, "Este es el misterio (sacramento) de nuestra fe." Entonces una de entre varias fórmulas pueden recitarse o cantarse. El "misterio" más corrientemente proclamado es este: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. _Ven, Señor Jesús!"

Es claro que hay un misterio nuevo o, más bien, el desénfasis de un misterio y el sobreénfasis de otro. En la misa tridentina, "el misterio de la fe" ¡es **la transustanciación!** Esto es bastante obvio por su colocación en la forma de la consagración del vino. En la misa nueva, el "misterio de la fe" es ¡la pasión, muerte, resurrección y segunda venida de Cristo! No puede ser la transustanciación por el hecho de que la frase se ha arrancado fuera de su sitio de adentro de la forma de la consagración del vino.

Además, la proclamación del "misterio" por los fieles ¡no hace ninguna referencia en absoluto a la presencia real de Cristo sobre el altar! ¡Y aquí está la gran contradicción de la misa nueva! Afirmar osadamente que "**Cristo volverá a venir**" cuando de hecho **ya está presente** sobre el altar (¡o debe de estarlo!), contradice esa doctrina de la transustanciación terminantemente y de ninguna manera puede apoyarla.

Es más allá de cualquier duda que la transustanciación es "el misterio de la fe." En *The Teaching of the Catholic Church (La Enseñanza de la Iglesia Católica)*, capítulo 26, "El Sacramento de la Santa Eucaristía" se afirma: "El cambio eucarístico, pues, es un cambio que trasciende la percepción de los sentidos, porque lo que se cambia no son las apariencias, sino las sustancias... No existe cambio alguno, ni natural ni milagroso, a la que se puede asemejar la transustanciación correctamente: esta conversión, según el Concilio de Trento, no es solamente milagrosa (mirabilis), sino única (singularis)."

Y sigue diciendo el Concilio de Trento: "En la transustanciación la sustancia entera del pan y del vino se cambian a la sustancia entera del cuerpo y de la sangre de Cristo; no en un cuerpo y sangre nuevo de Cristo, sino en el mismo que nació de la Virgen María, que sufrió y murió por nosotros, y que ya reina glorioso en el cielo. Con razón, pues, la liturgia llama a esto `el misterio de la fe,' porque más que ningún otro milagro, requiere la fe sin vacilar de la mente humana en la omnipotencia del Creador, cuya mano, habiendo hecho todas las cosas de la nada, alcanza las mismas raíces del ser, y por lo tanto puede cambiar a Sus criaturas a voluntad."

Pero Lutero, como todos los protestantes, rechazó la transustanciación porque esto sobre todo pide una "**fe objetiva,**" algo que su "**mentalidad subjetiva**" **no permitiría.** Pero para la Iglesia Católica, para la fe católica, la fe "**objetiva**" y divina, el dogma de la transustanciación es tan esencial a la doctrina de la sagrada eucaristía como lo es el dogma de la presencia real.

Pío VI condenó el parecer de los Jansenistas cuando, en el Sínodo de Pistoia, pretendían que era suficiente enseñar que Cristo está verdaderamente, realmente, y sustancialmente presente en este sacramento, y que la sustancia del pan y vino cesa, quedando sólo sus apariencias.

Pero ¿ **por qué** condenó Pío VI esto?

Haga el favor de fijarse en que, aunque la doctrina de la transustanciación **se explica,**

¡no se nombra!

Pío VI declaró que la transustanciación **no debe pasarse por alto en silencio** como si fuera una mera cuestión escolástica; se ha definido por el Concilio de Trento como artículo de fe y la palabra ha sido consagrado por la Iglesia para defenderla contra herejías.

"¡La transustanciación no ha de pasarse por alto en silencio como si fuera una mera cuestión escolástica!" Me pregunto cómo habría reaccionado Pío VI a un artículo que leí en el periódico local con fecha del 6 de abril, 1982, titulado "Católicos y Metodistas Encuentran Acuerdo sobre la Comunión." En ese artículo se afirmó: "Los participantes Católicos Romanos y los Metodistas Unidos durante cuatro años de diálogo oficial han encontrado extraordinaria unidad y acuerdo en sus formas de celebrar la santa comunión." Mas, dicen, "la piedad popular" de las dos Iglesias mantiene "perspectivas distintas" sobre la presencia de Cristo, con "la mayoría de los católicos" entendiéndolo en los elementos de la comunión y la mayoría de los metodistas viéndolo en "las palabras y en el espíritu."

El artículo termina: "Sin embargo, el informe dice que los metodistas reconocen cada vez más que los elementos de la comunión tienen una "relación determinante" a la manera en que Cristo está presente y los católicos han empezado a comprender que su `doctrina de transustanciación`--de un cambio en los elementos--**está condicionado históricamente.**"

Esta es la actitud de la Iglesia conciliar sobre la transustanciación: ¡que está **"históricamente condicionada!"**

Decir que está "históricamente condicionada" es decir que la transustanciación entró en existencia debido a ciertos acontecimientos pasados en la historia de la Iglesia que exigían una respuesta de la Iglesia y que está limitada o sujeta ¡a **aquel acontecimiento pasado!**

Esto, por supuesto, conducirá a que se crea que la doctrina de la transustanciación **fue creada en el siglo decimosexto estrictamente accediendo a las herejías de la "reforma,"** y que **se limita a aquel momento,** pero que no tiene nada que ver con lo que hacemos ahora.

Mas, ¿debemos sorprendernos por esto? Al fin y al cabo ¿no es esto lo que enseña la Iglesia conciliar sobre toda la tradición? Para ellos, **todo está "históricamente condicionado,"** y nada más que eso.

Y por lo tanto está destinada a ser la **"iglesia camaleón,"** siempre cambiando su doctrina para coincidir con su entorno, mientras que la Iglesia Católica, por otra parte, siempre quedará inalterable, no importa quién ni qué la rodea, demostrando al mundo que Ella sola es la piedra, la columna y el sostén de la verdad, a pesar de cualquier adversario.

Aunque el término "transustanciación" puede haber empezado a usarse en un momento cuando los teólogos tenían tiempo libre y la oportunidad de darse cuenta de todo lo que el milagro eucarístico implica, debemos recordar siempre que los padres primitivos entendían como formalmente implícita en la verdad de la presencia real, la verdad y creencia esencial de que el pan, mientras todavía parecía ser pan, se cambió al cuerpo de Cristo. En el capítulo décimo de la primera epístola a los Corintios, S. Pablo

escribe: "La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?" (1ª Cor. 10:16) S. Cirilo de Jerusalén también escribe: "Cuando el Señor ha dicho del pan, `Este es mi cuerpo,´ ¿quién se atreverá a dudar? Y cuando ha declarado y dicho, `Esta es mi sangre,´ ¿quién dudará jamás que es verdaderamente su sangre? Una vez cambió el agua en vino, lo cual es semejante a sangre; por lo tanto ¿no vamos a creer cuando cambió el vino en sangre?"

S. Justino afirma muy explícitamente: "**No recibimos éstos como comida o bebida normal;** sino, como por la palabra de Dios, Jesús nuestro Salvador, se hizo carne, y tenía ambos carne y sangre para nuestra salvación, así también la comida que se ha bendecido por la palabra de la oración instituida por Él, y de la que nuestra carne y sangre se asimilan y se alimentan, **es, se nos enseña, ambos la carne y la sangre de ese Jesús encarnado.**"

Finalmente, citamos a S. Juan Damasceno: "Si el mundo de Dios está vivo y eficaz... si la tierra, el mar, el fuego, y el aire...se hicieron por la Palabra de Dios... ¿por qué no debería esa Palabra, pues, **ser capaz de constituir vino y agua en Su sangre?**"

Y así, aunque el término "transubstanciación" es filosófico, y asociado con el escolasticismo, no olvide nunca que la doctrina revelada que el término pretende expresar, de ninguna manera está condicionada por el sistema escolástico de la filosofía ni por acontecimientos históricos.

Es simplemente la expresión de términos filosóficos de la verdad enunciada por los padres. Su testimonio es prueba suficiente de que la "transubstanciación" siempre se tenía como materia de fe, y que es esta "transubstanciación" lo que en la Iglesia Católica es "**el misterio de la fe.**"

Por lo tanto el sacerdote pronuncia estas palabras después de decir en la persona de Cristo, "porque este es el cáliz de mi sangre, del nuevo y eterno testamento." Confiesa inmediatamente la eficacia de la consagración que acaba de realizar en la persona de Cristo. Este es el significado de estas palabras; por esto están colocadas allí en el canon tridentino y en ningún otro sitio.

Y aún así el Novus Ordo ha desplazado estas palabras. Es más, ha aplicado el significado de estas palabras a otro artículo de fe--un "artículo ecuménico" que no es ofensivo a los metodistas unidos, a los luteranos, ni a una multitud de otras sectas "cristianas."

Pueden aceptar la Resurrección y la Segunda Venida, ¡pero no pueden aceptar la "transubstanciación!"

(Vol. XIV, No. 5, 1992, pp. 10-12)

La consagración en la misa tridentina termina con las siguientes palabras: "Cuantas veces hicieris esto, lo haréis en memoria Mía." (Haec quotiescumque feceritis, in Mei memoriam facietis.) Esta oración se llama la **anamnesis**, y es necesario que comprendamos esta oración claramente en la manera que la Iglesia Católica la ha comprendido siempre.

En la Iglesia Católica, esto no es una simple invitación para que recordemos a Cristo o

la última cena. No se nos pide acordarnos de Él ni recordar lo que hizo. Es **¡un mandato de hacer de nuevo lo que Él hizo, y de hacerlo de nuevo en la misma manera en que El Mismo lo hizo!**

Era **con estas palabras** (cuantas veces hicieris esto, lo haréis en memoria Mía) **¡con las que Cristo ordenó a los apóstoles en el sacerdocio!** y les mandó a ellos y a sus sucesores a ofrecer Su cuerpo y sangre a Su Padre eterno, **igual que El Mismo lo había hecho.** Esto se hace obvio cuando examinamos el significado de la palabra "anamnesis." Esta es una palabra griega cuyo significado exacto no se puede expresar en el inglés. [Ni en el español. Nota de la traductora.] El Sr. Hugh Ross Williamson en su folleto, "La Misa Moderna," lo explica muy bien, así que nos referiremos a él.

Nos dice; "La palabra griega, **anamnesis**, que se traduce 'en memoria,' es difícil de traducir fielmente al inglés [y al español]. Palabras como 'recuerdo,' 'memoria,' 'memorial,' o 'conmemoración' presuponen la existencia de algo en sí ausente, mientras que **anamnesis** tiene el sentido de re-llamar (o reclamar) a la memoria o de re-presentar un acontecimiento pasado **de tal manera que se hace presente activamente.** Las palabras inglesas, 'rellamar a la memoria (recordar)' y 'representar,' aun cuando se escriben 're-llamar' y re-presentar,' son insuficientes sin otra explicación; y 'recuerdo,' 'memoria,' 'memorial,' o 'conmemoración,' a causa de su uso convencional y su significado corriente, son realmente engañosos. La comprensión de la eucaristía como 'para la **anamnesis** de Mí'--como el re-llamar a la memoria ante Dios del único sacrificio de Cristo en toda su plenitud consumada y eficaz, de manera que es operativa aquí y ahora por su efecto--se saca claramente a luz, como dijo un teólogo, en todas las tradiciones de la iglesia primitiva. En las palabras de San Juan Crisóstomo: 'Ofrecemos aún ahora lo que se ofreció entonces, lo que no puede agotarse. Esto se hizo para una **anamnesis** de lo que se hizo entonces, pues "**Haz esto,**" dijo, "**para una anamnesis** de Mí." No ofrecemos un sacrificio distinto como el sumo sacerdote de antaño, sino ofrecemos siempre el mismo. Mejor dicho, ofrecemos el **anamnesis** del sacrificio.'"

El espíritu de esta fórmula, pues, como siempre lo ha comprendido la Iglesia Católica, es el de **perpetuar una acción:** la re-presentación del sacrificio de la cruz, no sólo un simple "memorial" de ello a través de la alabanza y acción de gracias, sino la **anamnesis** del sacrificio perfecto de Cristo.

Investiguemos ahora los acontecimientos de la noche de jueves santo y la última cena, y examinemos también ambos puntos de vista, el protestante y el católico, sobre lo que sucedió exactamente.

Para el protestante, la última cena no es más que la "última comida" que Cristo compartió con sus apóstoles cuando les contó sobre la agonía y muerte que sufriría al día siguiente para la salvación del hombre, y que aunque personalmente y físicamente les dejaría al día siguiente, les prometió que cuantas veces se juntaran y "partieran pan" los unos con los otros en Su nombre, manteniendo un memorial de esta noche en particular, que El siempre estaría espiritualmente en medio de ellos. El pan sería símbolo de Su cuerpo y el vino sería símbolo de Su sangre. En esta forma simbólica y espiritual debieran comer Su cuerpo y beber Su sangre.

Para el católico, sin embargo, la última cena era la noche **¡en que Cristo Mismo celebró la primera misa!**

Fue durante la última cena cuando Se ofreció a Sí Mismo a Su Padre eterno "**de una forma incruenta bajo las apariencias de pan y vino.**" Hizo esto **en anticipación** del sacrificio cruento de la cruz al día siguiente. Jueves santo fue cuando Cristo **instituyó el sacrificio eucarístico**--el mismísimo sacrificio que ofreció el viernes santo, pero sin el aspecto cruento, y **este mismo sacrificio eucarístico fue lo que deseaba que se perpetuase.**

Ciertamente es verdad que el sacrificio cruento de Cristo se realizó "una sola vez" y que era completo y perfecto, y también ciertamente es verdad que en la última cena, Nuestro Señor instituyó el sacramento de la sagrada eucaristía y ofreció la primera misa y **mandó a Sus apóstoles que hicieran lo mismo.** ("Cuántas veces **hicieréis estas cosas, las haréis** en memoria de Mí.") Y no puede haber duda alguna de que los apóstoles lo comprendieron exactamente de esta forma, según lo demuestra San Pablo en 1ª Cor. 11:23-26 y es innegablemente claro en Hechos 2:42 y 46: "Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles y **a la comunión de la fracción del pan...**" "Acudían al Templo **todos los días** con perseverancia y con un mismo espíritu, **partían el pan** en sus casas."

Lutero, sin embargo, siendo sacerdote él mismo, comprendió bien el punto de vista católico de la última cena, y deseando distorsionarlo y grabar en la gente la idea de una "comida memorial" más bien que una acción de sacrificio, acabó con el canon silencioso y insistió en que las palabras de la cena se pronunciasen en voz alta y en el vernáculo para que, "de esta forma, el pueblo aprenda de las mismas palabras de las Escrituras que no se trata de hacer un sacrificio, sino tan sólo de un memorial de Cristo."

Pues bien, cuando examinamos el Novus Ordo, no se puede discutir que también ha adoptado la narrativa vernácula y el canon en voz alta. ¿No debemos preguntarnos **por qué?** Hemos de ignorar **¿para qué fin?**

Sabemos **por que lo hizo Lutero**, lo dejó muy claro: "de esta manera, la gente aprenderá de las mismas palabras de las Escrituras que **no se trata de hacer un sacrificio, sino tan sólo de un memorial de Cristo.**" Si el Novus Ordo desea mantener el entendimiento inmemorial de la Iglesia Católica sobre esta fórmula, **¿por qué adoptó la fórmula de Lutero?**

Esto no es algo que se pueda descartar como no esencial y no importante. Es un asunto de significado profundo y de ramificaciones serias. "La fórmula Paulina ("haced esto en conmemoración mia"), que en el Novus Ordo reemplaza a la fórmula antigua--repetida todos los días en las lenguas vernáculas--cambiará irreparablemente la fuerza misma del significado en las mentes de los oyentes, de modo tal que la memoria de Cristo, que debe ser el **principio** de la acción Eucarística, parezca convertirse en el **término** único de esta acción o rito. O sea, la "conmemoración", que cierra la fórmula de la consagración, **ocupará poco a poco el lugar** de la "acción sacramental". "(*La Intervención Ottaviani*)"

¿Es para asombrarse, pues, que los luteranos de Alsacia-Lorena puedan declarar que "las nuevas oraciones eucarísticas tienen la ventaja de dar **una interpretación distinta a la teología de sacrificio** que se acostumbraban a atribuir al catolicismo?" En cuanto a mí, sinceramente tengo la impresión de que los luteranos tienen una comprensión más profunda de la nueva misa que la mayoría de los católicos, y puede beneficiarnos mucho si pedimos a nuestros amigos luteranos ¿que nos expliquen la Novus Ordo Missae de la

Iglesia Conciliar!

Quizás entonces esto termine con lo que parece ser un deporte popular entre algunos católicos hoy en día: **"el tapeo de iglesias."** Hoy en día vemos a una multitud de católicos desilusionados que se dan cuenta de que algo muy malo está pasando, sin embargo, o por falta de información o falta de valor, continúan asistiendo al Novus Ordo, "cambiando" de una parroquia a otra en busca de aquel sacerdote con quien puedan sentirse cómodos, aquel sacerdote que les gustaría ver que mantenga algún parecido de lo que es católico, aquel sacerdote que les gustaría creer que pretende consagrar el sacramento santo. Esta clase de comportamiento entre católicos me indica a mí, por lo menos, que ellos mismos tienen serias dudas de si tiene lugar una verdadera consagración en la misa nueva. Y ¡deben tener tales dudas! Pero su pregunta no puede contestarse por la edad, la piedad o la posición del sacerdote. Sólo se les puede contestar dirigiéndose a la cuestión de los tres elementos esenciales para la validez de cualquier sacramento: materia, forma e intención ministerial.

¿Qué hemos descubierto hasta ahora en cuanto concierne a la misa nueva? En cuanto a la "sustancia debida," o sea, la materia y la forma, hemos visto que la forma (las palabras) ha sido enormemente mal interpretada y completamente mutilada; y en cuanto a la "debida intención," hemos de recordar lo que nos dice León XIII en su decreto sobre la invalidez de las órdenes anglicanas, "Apostolicae Curae": "sobre la mente o intención, la Iglesia no pronuncia sentencia, ya que es algo interior en sí; pero en cuanto **se manifiesta externamente, Ella tiene el deber de juzgarlo.**" Cuando el ministro de un sacramento usa un rito católico, la Iglesia comprende que pretende hacer lo que hace la Iglesia. Pero cuando se cambia el rito, de modo que las palabras esenciales (la forma) del sacramento se cambian sustancialmente, o su significado mismo se cambia dentro del contexto de las oraciones circundantes, entonces la Iglesia juzga de la corrupción de la ceremonia externa que la intención del ministro también está corrupta.

Manteniendo enfocado este pensamiento, debemos preguntar, "¿Cuál es la intención de la Iglesia Conciliar en la misa nueva? ¿Qué hemos visto? ¿Qué hemos oído? ¿Qué se **manifiesta externamente?**"

(Vol. XIV, No. 6, 1992, pp. 46-48)

El papel del sacerdote se disminuye a favor del papel de la congregación. Se comporta ya como representante del pueblo, y se han destruido las diferencias básicas entre el sacerdocio ministerial y el papel del pueblo. El lenguaje oficial de la Iglesia se ha tirado al vertedero como otra tanta basura sin ningún cuidado ni interés en el latín como salvaguardia contra el error doctrinal. Se han arrojado las oraciones del ofertorio, las cuales hacen explícita la intención. El canon se reza en voz alta y en la vernácula como si se intentara enseñar a la congregación en vez de adorar a Dios Todopoderoso.

La fórmula de la consagración ha adoptado una sola forma eucarística, combinando las palabras preliminares y las palabras sacramentales en una narración de la última cena. Se suplanta cualquier idea de que tiene lugar acción alguna de sacrificio, y el "aspecto de comida" y el "aspecto de sacrificio" se ponen en el mismo nivel. La conjunción latina "enim" que expresa la realidad de la presencia de Cristo en las sagradas especies, queda

sin traducir en la misa nueva. Ha desaparecido la genuflexión después de las "palabras de institución"--una genuflexión hecha ante la hostia recién consagrada para reconocer que la transubstanciación ha efectuado la verdadera presencia de Cristo. Se han abolido una multitud de señales de la cruz, signos demostrativos del sacrificio de la cruz y de la Víctima ahí presente. En la consagración, la "fórmula bíblica" de Lutero ha reemplazado la fórmula inmemorable "pre-bíblica" dada a los apóstoles por Jesucristo mismo.

Al consagrar el vino, se han desplazado las palabras "el misterio de la fe" de tal manera que la transubstanciación se pasa por alto y en silencio. Se han traducido mal las mismas palabras de Nuestro Señor mismo de "para vosotros y para muchos" a "para vosotros y para todos", una innovación de verdad extremadamente atrevida que realmente interfiere con la voluntad final de Cristo al instituir el sacramento de la sagrada Eucaristía. Y ahora se traduce la **anamnesis** como un recuerdo de la memoria de Cristo en vez de un mandato de perpetuar una acción de sacrificio. Todos estos son asuntos muy serios y graves con los que hay que tratar sin más remedio.

Ahora os preguntaré, si es la "intención" de la Iglesia Conciliar negar la presencia verdadera de Cristo en la Sagrada Eucaristía y de rechazar la doctrina de la transubstanciación [Es difícil no hacer caso de esta pregunta a la luz de lo que **se ha manifestado externamente** en este rito] y si este es el caso, pues, si vuestro sacerdote local intenta hacer lo que esta "Iglesia" hace, por muy **viejo que sea** o por **muy bueno y recto que sea moralmente**, ¿es que consagra?

Recuerda: tratar de interpretar la intención de cualquier cosa fuera de su contexto, o sea, de todas aquellas cosas que la rodean, o aisladamente, puede llegar a ser un trágico error. Esto es verdad especialmente cuando se estudia aquellas cosas que "tejen juntas" el significado de la misa nueva y la intención de sus autores.

No sólo hemos de comprender lo que viene antes de la consagración, lo que por confesión propia de los modernistas es lo esencial y el corazón de la misa nueva, sino también hemos de escudriñar lo que viene después.

En la Iglesia Católica, después de tener lugar la consagración, Cristo ya está presente verdaderamente en las Sagradas Especies y por el ministerio de Su sacerdote, renueva Su sacrificio y es ofrecido a Su Padre todopoderoso bajo las apariencias del pan y del vino. Siendo así, pues, las oraciones que siguen deben reflejar **esto como el fin consumado** si de hecho esto es el fin intencionado. Examinémoslos ahora las oraciones siguientes como aparecen en la misa tridentina y en la Novus ordo missae, ambas con miras a lo que implican.

La primera oración después de la consagración, la **Unde et memores**, que así se llama en la misa tridentina, se lee como sigue: "Por esto, recordando, Señor, nosotros, tus siervos, y también tu pueblo santo, la bienaventurada pasión del mismo Jesucristo tu Hijo, Señor nuestro, y su resurrección de entre los muertos, como también su gloriosa ascensión a los cielos, ofrecemos a tu excelsa majestad, de tus dones y dádivas, la víctima pura, la víctima santa, la víctima inmaculada; el pan santo de la vida eterna, y el cáliz de la eterna salvación."

En esta oración, se ha sacrificado la víctima. Mientras el sacerdote la ofrece ahora a Dios, se acuerda que es la mismísima víctima del Calvario tanto como el Cristo resucitado, glorificado ya en el cielo.

En la misa nueva, esta oración se traduce de esta manera: "Por eso, Se_or, nosotros, tus siervos, y todo tu pueblo santo, al celebrar este memorial de la pasión gloriosa de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Se_or; de su santa resurrección del lugar de los muertos y de su admirable ascensión a los cielos, te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo: pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación."

En comparación, podemos detectar la precaución y el cuidado utilizado por los "nuevos reformadores" en ciertas áreas para no despertar ni sobresaltar a los católicos incautos que todavía puedan adherirse a la fe en la presencia real. Podemos ver lo bien que saben justo hasta donde innovar y suprimir sin crear resistencias de católicos demasiado confiados, y cuando pisar con cuidado y con reserva para no exponer sus verdaderos motivos demasiado arrogantemente.

Acordándonos, sin embargo, de lo que **hemos visto** hasta ahora de ambigüedad sistemática y calculada, camuflando y pasando por alto las doctrinas católicas para establecer un "servicio ecuménico," no debe resultar sorprendente encontrar que esta oración, después de todo, sirve el mismo propósito.

Preste particular atención al hecho de que en la misa tridentina, el sacerdote ofrece "**la víctima + pura** (hostiam puram), **la víctima + santa** (hostiam sanctam), **la víctima + inmaculada** (hostiam immaculatem), **el pan santo + de la vida eterna y el cáliz + de la eterna salvación.**" Presta atención también a las **cinco señales de la cruz que se hacen sobre la hostia y el cáliz**. Cada una es un **signo demostrativo** que significa el sacrificio de la cruz y a la Víctima que murió en la cruz. Esto es lo que se manifiesta externamente en la misa tridentina; el cuerpo y la sangre de Jesucristo, la Víctima pura, la Víctima santa, y la Víctima inmaculada del sacrificio de la cruz.

En la misa nueva se pasa por alto toda esta claridad en silencio, establecida tan penosamente por las rúbricas de la misa tridentina. Se eliminan las cinco señales de la cruz. Una traducción falsificada se introduce por la que el sacerdote simplemente refiere a "este sacrificio santo y perfecto." Esto, para no decir más, es una manipulación significativa de las expresiones por la que los innovadores no sólo han traicionado el texto latino, sino también han confeccionado una pieza ingeniosa de ambigüedad para que al oírlo, el católico fiel piense en términos de la doctrina católica, mientras a la vez, los protestantes piensen en términos de su propia doctrina: que el "sacrificio santo y perfecto" a que se refiere aquí es **aquél de Calvario hecho en el año 33 a.D.**, de una vez para siempre, que el ministro ahora nos recuerda, haciendo de la liturgia un "memorial" **¡pero no por cierto representación alguna ni anamnesis de él!**

Esta oración sigue así en la misa tridentina: "Sobre los cuales dignate, Señor, mirar con rostro propicio y benévolo, y aceptarlos, como te dignaste aceptar los dones de tu siervo, el justo Abel, y el sacrificio de nuestro patriarca Abraham, y el que te ofreció tu sumo sacerdote Melquisedec, sacrificio santo, víctima inmaculada." En la misa nueva la misma oración se lee: "Dirige tu mirada serena y bondadosa sobre esta ofrenda: acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel, el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe, y la oblación pura de tu sumosacerdote Melquisedec."

En esta oración oímos de Melquisedec, el sumo sacerdote, y debemos saber algo acerca de él y de lo que él representa.

Melquisedec, el rey de Salem, ofreció el sacrificio del pan y vino (veáse Gén. 14:18-20). Se le ve como superior a Abraham al recibir de él el tributo del diezmo, y S. Pablo le hace un tipo del sacerdocio de Cristo, un sacerdocio eterno, como se demuestra en Heb. 7:2-3: "Cuyo nombre significa, en primer lugar...rey de Salem, es decir, rey de paz. Sin padre, ni madre, ni genealogía, sin comienzo de días, ni fin de vida, asemejado al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre."

Y en los versículos 13 a 17 de la misma epístola: "Todo esto es mucho más evidente aún si surge otro sacerdote a semejanza de Melquisedec, que lo sea, no por ley de prescripción carnal, sino según la fuerza de una vida indestructible. De hecho, está atestado: *Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec.*"

Así que es en Melquisedec que vemos el "tipo" del sacerdocio de Cristo: un sacerdocio eterno, uno que no termina, el mismo sacerdocio de que disfruta el sacerdote católico: **"Tu es sacerdos in aeternum."**

Hemos dicho una y otra vez que la misa nueva está diseñada para ser un servicio ecuménico, omitiendo la claridad y la precisión sobre la doctrina católica al suprimir cualquier cosa que pueda ser demasiado católico. Esto es uno de los sellos de la misa nueva, y esta actitud se ve también en esta oración. La oblación de Melquisedec es simplemente el "pan y vino" en vez de la oblación tradicional "que Tu sumo sacerdote Melquisedec Te ofreció, **sacrificio santo, víctima inmaculada** (sanctum sacrificium, immaculatam hostiam)." Esto es una mala traducción del texto latino, deliberada y artificial, hecha para acomodar a la "ecumanía." Esta pieza de camuflaje ahora permite a cada cual individualmente mirar la ofrenda como el cuerpo y sangre de Cristo (el concepto católico) o como las simples ofrendas de pan y vino (en la opinión del protestante).

(Traducido del inglés de la revista "The Roman Catholic," El Católico Romano, volúmenes XIII-XIV, 1991-92, por Joan Mart)